

El desagüe

Cuentos, reportajes y artículos

José Luis Hereyra Collante



El desagüe

Cuentos, reportajes y artículos

José Luis Hereyra Collante



2020

Corporación Universitaria de Caribe – CECAR

Rector

Noel Morales Tuesca

Vicerrector Académico

Alfredo Flórez Gutiérrez

Vicerrector de Ciencia Tecnología e Innovación

Jhon Víctor Vidal

Directora de Investigaciones

Luty Gomez CÁCERES

Coordinador Editorial CECAR

Jorge Luis Barboza

editorial.cecar@cecar.edu.co

©2020 José Luis Hereyra Collante, autor

ISBN: 978-958-5547-37-7 (impreso)

ISBN: 978-958-5547-71-1 (digital)

DOI: <https://doi.org/10.21892/9789585547711>

Ilustración de la portada:

Obra del joven artista Damián Rosado Hereyra, New Jersey, USA.

Colección *Prosa*

Sincelejo, Sucre, Colombia.

Hereyra Collante, José Luis

El desagüe. Cuentos, reportajes y artículos / Sincelejo : Editorial CECAR, 2020.

97 páginas; 23 cm.

ISBN: 978-958-5547-37-7 (impreso)

ISBN: 978-958-5547-71-1 (digital)

1. Poesía 2. Cuento 3. Cultura 4. Región del Caribe 5. I. Hereyra Collante, José Luis II. Título.

808.818611 H543d 2020

CDD 23 ed.

CEP – Corporación Universitaria del Caribe, CECAR. Biblioteca Central – COSiCUC

Contenido

<i>José Luis Hereyra en el espejo cifrado del Caribe</i>	9
Miguel Iriarte	

Cuentos, relatos y fábulas

<i>El desagüe</i>	15
<i>Disección de un desencuentro</i>	19
<i>El nadador</i>	23
<i>El farmacéuta</i>	27
<i>El peso de ser hombre</i>	31
<i>La cueva de cielo y estrellas de Orianita</i>	37
<i>Bosquejo inicial para una nueva arca final</i>	43

Reportajes

<i>Reportaje a Freda Sargent de Obregón</i>	49
<i>Manolo Vellojín o las soluciones precisas</i>	57
<i>Memoria no inicial de Alberto Assa</i>	63

Artículos

<i>“Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca”</i>	73
<i>Elvia Chadid Jattin: La fertilidad de la imaginación</i>	77
<i>El hogar de los Salgado Berrocal</i>	81
<i>José Prat y las coplas de Jorge Manrique</i>	85
<i>Música, misteriosa forma del tiempo</i>	89
<i>Libia Díaz Carrascal: voz, música y danza</i>	93
<i>Elías Eslait Russo, amigo del alma</i>	95
<i>“Lágrimas negras”, de Bebo y Cigala</i>	99
<i>Albert Camus: “No soy existencialista”</i>	103
<i>Lewis Carroll (1832-1898)</i>	107
<i>José Lezama Lima (1910-1976)</i>	109

*A Carmen Collante de Falquez,
Maximiliana Cormane Arango,
Olga Victoria García Cormane y
Francia Beltrán de Henríquez,
cuya generosidad y amor iluminaron
mi vida en todos esos años para siempre.*

"Man can be destroyed but not defeated."

Ernest Hemingway
"The old man and the sea"

José Luis Hereyra en el espejo cifrado del Caribe

Miguel Iriarte

Un prólogo puede servir para varias cosas, además de la función no tan protocolar que normalmente la preceptiva le atribuye con más o menos acierto.

Puede servir para masajear la vanidad o el intelecto del prologuista o del prologado; para iluminar, con mayor o menor fortuna, a los hipotéticos lectores los caminos del texto que tendrán entre manos (información contextual, atisbos interpretativos, novedades biográficas o textuales no presentes en el texto, entrelíneas claves, notas aclaratorias...), como en realidad tendría que ser; o, en el peor de los casos, ser un texto sin mucho que decir ni agregar, por decisión o por carencia, y en el que resulta muy fácil descubrir, en las primeras líneas, su escandalosa nada.

En el caso que nos ocupa, el lector debe saber que este es un libro que su autor nos debía desde hace tiempo. Luego de años de reconocimiento poético indiscutido en el contexto del Caribe colombiano, respaldado por la publicación de ocho libros de poesía que han sabido dejar la huella histórica de una voz distintiva, José Luis Hereyra no se había permitido compartírnos, sino de manera fragmentaria y esporádica, la realidad de su dimensión de prosista, y, por eso, pudiera parecer ahora que la publicación de este libro es una simple treta de la nostalgia, la pretensión de una memoria

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

en alguien que ha tenido ya un largo e intenso trato con la vida y la escritura, y quiere dejar recogido para la posteridad aquello que ha sido también parte de una vida para la creatividad y las ideas de nuestra vida cultural en el Caribe. Lo que, desde luego, podría ser, y lo es, en efecto, un gesto absoluto y positivamente válido.

El hecho de que este libro esté presidido en su organización estructural por el cuento *El desagüe*, y que este dé precisamente título al volumen, me parece un acierto que tiene la función histórica de recordar una de las anécdotas más interesantes y curiosas de la cuentística del Caribe colombiano. No me detendré aquí a ilustrar los detalles del episodio, que es ampliamente conocido, pero sí diré que ese texto, que fuera ganador en 1971 del Premio Nacional de Cuento de *El Espectador*, no solo reveló un nuevo talento de nuestra narrativa en su momento, y sembró con ello un hito de obligada referencia en ese campo, sino que sirvió para abrir una racha de eventos literarios, curiosamente vinculados en la mayoría de los casos a la poesía textual y vital de Pepe Hereyra, mientras que la narrativa y la prosa, en su forma de crónica, cuento, artículo o reportaje, eran una presencia que solo aparecía en los intersticios que dejaba la estatura y el volumen de su voz poética, presente en múltiples escenarios y en los libros que iban sucediéndose uno tras otro a lo largo de los años.

Así, entonces, la edición de este libro es también un acto de justicia con unos textos que bien merecen el beneficio de la luz de la lectura pública, porque en ellos está también la verdad de un rostro literario que necesitamos ver completo para llegar a mirarnos de frente en él como en un fragmento del espejo cifrado de nuestra propia cultura.

El libro abre así con el famoso cuento *El desagüe*, un texto breve, intenso, apremiante, ansioso, que sabe transmitir la desesperada sofocación de estar atrapado en el tubo de un desagüe que nos lleva fatalmente hacia la única luz posible al otro lado: la muerte. A

ese texto le siguen en ese género cinco piezas más: *Disección de un desencuentro*, cuento que es también Premio Nacional de Cuento de *El Espectador*, en 1971, y que fue el cuento que sirvió para dirimir el caso de suplantación de autor que había ocurrido con *El desague* en ese mismo concurso unos meses antes; *El nadador*, cuento publicado en el suplemento dominical de *El Espectador* en abril de 1972; *El peso de ser hombre*, cuento finalista en el Concurso Nacional de Cuento del periódico *Vanguardia Liberal* y la *Revista Jorge Zalamea, El Gran Burundún Burundá*, Bucaramanga, 1980; *La cueva de cielo y estrellas de Orianita*, una suerte de falso cuento infantil, definitivamente atípico en lo que pudiéramos llamar temáticas reconocibles de Hereyra, pero sin embargo pleno de poesía y misterio que trasciende las convenciones de lo etario, como podríamos decir que ocurre con *El principito* de Saint Exupery; y cierra esta primera parte del libro un raro texto también, un poema en prosa, algo a medio camino entre el cuento y el ensayo breve, un apólogo quizá, que titulado *Bosquejo inicial para una nueva arca final* nos invita a seguir leyendo una prosa que nos ofrece en su alma narrativa eso que desde siempre ha estado Hereyra intentando decirnos y que está absolutamente claro en su poesía.

Siguen a esta primera parte, no marcada en el libro, dos hermosos y profundos reportajes a dos grandes figuras del arte en el Caribe colombiano: el primero a Freda Sargent, ex mujer de Alejandro Obregón, texto publicado en el periódico *El Espectador* en mayo de 1978, una aproximación inteligente y aguda a la rica experiencia existencial de una gran artista abordada desde su experiencia personal, su infancia, su cultura y el arte, bordeando siempre de forma contenida y delicada sus relaciones con Obregón, con una sutileza que sugiere mucho más de lo que dice.

Y el otro reportaje se titula *Manolo Vellojín y las soluciones precisas*, publicado también en *El Espectador* en junio de 1978, y es

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

el exquisito encuentro de dos poetas, en el que uno, Hereyra, con excelente tacto, intuición y ciencia, se asoma al abismo del otro, rondando con precaución sus honduras para dejar apenas sugerido el testimonio de un artista nuestro, un barranquillero, que desafía las ataduras referenciales de lo previsiblemente Caribe para mostrarnos los alcances de otras búsquedas no sospechadas.

Le siguen a esos reportajes una magnífica crónica titulada *Memoria no inicial de Alberto Assa*, una pieza bellamente escrita y llena de revelaciones maravillosas sobre el autor y el personaje, en el que se logra un retrato vivo de ambos y la recordación de un momento clave en la historia educativa de la ciudad de Barranquilla. Texto que fue publicado en el número 24/25 de la revista *viacuarenta* en el segundo semestre de 2017.

Y cierran este libro cinco artículos periodísticos que son todas sendas piezas de apretada síntesis temática y lúcida concentración de estilo; yo diría que son intentos ensayísticos sometidos a la camisa de fuerza, a la manea estranguladora de la nota periodística, sin que podamos decir que ello frustra el resultado de una feliz lectura, sino que con ellos nos sucede que hubiésemos querido seguir en la navegación de un lenguaje que nos promete una agua honda que, en este caso, remata muy pronto con las piedras de la orilla.

Sirvan entonces estos cuentos, crónicas, reportajes y artículos periodísticos, para que un nuevo lector recuerde o descubra el universo ampliado de lo que ha sido siempre la ambiciosa poesía de José Luis Hereyra y que aquí toma forma de otras cosas.

Cuentos, relatos y fábulas

El desagüe

*Premio Nacional de Literatura "El Espectador",
Bogotá, septiembre de 1971*

El cachorro, de raza ya perdida entre mil cruces, estiró las orejas y ladró hacia el ruido. Algo como un rumor de cosa roída. Del fondo de la despensa, cruzó la rata gris hacia la boca del antiguo desagüe y se introdujo con gran celeridad.

El cachorro siguió con su cuerpo el hueco dejado en el aire desplazado por el cuerpo de la rata gris y penetró en la obscuridad del tubo. Empezó a arrastrarse hacia el fondo del corredor estrecho de aquel cauce abandonado de aguas sucias y desperdicios endurecidos. Trató de avanzar con rapidez, pero su posición se lo impedía: el vientre rozaba cada vez con mayor presión sobre la arenilla fétida y su espinazo rayaba contra las salientes irregulares del tubo defectuoso.

Sintió el chillido provocador más adelante. Tenía que acabar de una vez por todas con esa sombra burlona de cola escamosa y flaca. El cachorro empujó con sus patas traseras. Sintió que el tubo se estrechaba más y que su cuerpo se comprimía en el seudo cilindro de cemento áspero.

Había que seguir. Era la oportunidad esperada. Muchas veces al día oía protestar a su amo:

—¡Este perro del diablo no sirve para un carajo!

Del cuidado cotidiano de leche y pan había pasado al incomible arroz frío.

—¡Si quieres carne, coge ratas que bastantes que hay!

Si cogía una rata, volverían a tratarlo bien, de modo que la salvación estaba precisamente ahí, en la obscuridad, más adentro en el tubo estrecho.

Se echó hacia delante acuciado por el chillido burlón. El hocico contra las patas delanteras, pugnaba por más espacio. Trató de salir hacia atrás, pero se sintió peor: el esfuerzo de las patas traseras, al impulsarse, disminuía el volumen total, su espacio vital. Mejor era seguir adelante, a lo que fuera.

Por su parte, los dos ojillos rojizos que huían tropezaron con un imprevisto: el desagüe inservible ya no seguía hasta el otro lado de la casa: había sido inutilizado.

La rata se devolvió solo para sentir un lamento canino angustiado y anhelante más próximo cada vez. El cachorro sentía sobre sus cansadas costillas una prensa infinita, la baba se le escurría sin control. Trató de coger una bocanada grande de aire con su jadeo desesperado, pero el vestido de cemento y arena se lo impidió. Su pellejo, en íntima comunión con las paredes del túnel, se humedecía aceleradamente con la sangre oscura que le brotaba de las peladuras.

Continuó su carrera demasiado lenta contra algo que él mismo no comprendía. El olor a humedad antigua se le iba por los ojillos dilatados. Ahora, sentía el chillido angustioso cerca de su nariz, demasiado cerca. La rata gris midió su posición indescifrable, ajedrecística: su pequeñez la hacía poderosa en la estrechez ambiental, pero la salida había cedido su lugar a una caverna de colmillos ansiosos. Sintió el aliento rabioso que la pretendía, la angustia común.

Entonces, el cachorro trató de respirar por la boca y coger el soplo vital fugitivo, cuando algo demasiado grande para su garganta, blando y peludo, se incrustó con fuerza en el camino de su vida. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su cuerpo fue temblando, aprisionado, a

José Luis Hereyra

dar contra algo que le restaba la ida. Su sentido del espacio resbaló en un extraño mar, oscuro y desconocido.

Disección de un desencuentro

*Ir a un encuentro no puede ser nunca escapar,
aunque releguemos cada vez el lugar de la cita.*

“El Perseguidor”, Julio Cortázar

*Premio Nacional de Literatura “El Espectador”,
Bogotá, septiembre de 1971*

Yo siempre he soñado con tener una cometa, como la cometa del niño de la vuelta, el del suéter rojo de rayas blancas, el que no me la presta desde la vez que yo me la quise llevar para mi casa; la cometa es linda, pero no es mía y yo quiero tenerla, y cada vez que lo veo con la cometa me da rabia, y quiero que mi mamá se la quite y me la dé. Pero no quiero otra sino esta, la que el niño de suéter rojo de rayas blancas lleva siempre como si fuera su novia y no me la da a mí, a mí que todos dicen que soy una niña bonita.

El papel ya estaba sucio de tantas manos que lo habían sostenido y doblado, y de tantos ojos que habían pasado su mortaja inmaterial sobre ese par de títulos —tan iguales, pero tan distantes—, tan vertiginosamente opuestos en esa igual, totalidad de palabras: “Ese cuento es mío”, “Es mío ese cuento”...

Ese cuento es tan mío, lo siento ya tan mío como si yo lo hubiera escrito en verdad, porque yo también he sufrido esperando, esperando. José Luis no debe molestarse: para él no es nada pues todo le sale tan fácil. El surge de todas maneras porque tiene capacidades.

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

...“Ese cuento es mío”, “Es mío ese cuento” ...

No sabía todavía dónde empezaba el uno y terminaba el otro. Pensó que, tal vez, era el mismo sol con un lado muerto, un sol de lado oscuro, un sol que probaba la existencia de un sol medio, ya que no podían existir soles gemelos. En su cabeza flotó el recuerdo, el origen de todo este barullo que ahora lo perseguía hasta en lo más profundo de sus sueños, allí donde resbalaba sin nunca darse cuenta, porque aun allí en el fondo del pozo, estaba presente.

Este Pepe no coge seriedad nunca. Una se cansa de decirle en todas las formas posibles que coja juicio, que ya no es un niño, que vea lo que va a hacer, pero a él le entra por un oído y le sale por el otro. Hoy tampoco vino a almorzar. De seguro anda con otra de las amiguitas para arriba y para abajo. Yo siempre le he dicho que las mujeres van a ser su perdición; cuando está con cualquiera de las desvergonzadas de ahora, se olvida hasta de la comida.

Siguió mirando y tropezó con la foto de ella rodeada por su historia apócrifa e ilusoria, desesperada por salvar algo que nunca le había pertenecido. Allí, en el reportaje de ella, un ratoncito que huía sin encontrar salida en un espacio inmenso, observado vorazmente por una chica que no huía de los ratones, le hizo recordar la rata gris que su ficción había enfrentado a un cachorro angustiado en perseguir su razón vital, su realización consciente y plena. El ratoncito le pareció ridículo, estúpido, un ratón que había olvidado que las mujeres huyen horrorizadas al verlos, y que se les eriza hasta el nombre con solo recordarlos.

“Tuto” llegó fresco, nítido, su cola nerviosa saludando agitadamente en el aire de sus nostalgias. En cierta forma era el responsable del jaleo: siempre insistía en meterse por el desagüe antiguo que va del corredor encementado al patio de las flores, aunque su crecimiento disminuía cada vez más el estrecho ambiente, recordando cada vez al camello trabado en el ojo de la aguja,

destrozándose ciegamente en su juego diabólico. Por esto, él había escrito el cuento.

Lo había mostrado a su hermano Gustavo; a Willy, amigo de la infancia; a Ebratt, profesor de su antiguo colegio; y a la chica del lado, stop. Entonces, el cuento había tomado el camino, pero llevado de una mano diferente; irguiéndose, primero, de preseleccionado y luego como ganador de una de las doce casillas. Él había reclamado, pero la labor conmovedora de una mujer temerosa del ridículo, de los recuentos y las súplicas, de las escenas patéticas, había tallado su ira hasta darle forma de caballerosidad.

Un cuento no es nada José Luis; tú puedes hacer muchos más. Además, a ti la fama no te interesa. ¡Ay, José Luis...! Tú no puedes decir nada, José Luis. Imagínate cómo quedaría yo; no me puedes hacer eso. Tú eres un caballero, y, además, tú surges de todos modos, porque tienes madera para escritor. Y si tu madrina sabe algo, arma la grande. Créeme que estoy arrepentidísima de haber mandado ese cuento. Tremendo lío el que se va a formar. No, no, no...

Así, prefirió callar. En el magazín dominical de quince días antes, reconoció las cartas de la señora Francia de Henríquez y de su madrina Olga García. Él no había querido esto, pero la verdad salía por boca de otros que ahora lo tildaban de pendejo, de majadero...

¡Mijo, no seas majadero! En esta época nadie hace eso. ¡Cómo es que te vas a quedar callado como si nada! ¿Es que no te duele ver que otro se lleva las palmas por tu triunfo? Esas cosas te pasan por pendejo. De seguro que no quieres abrir la boca porque te engatusaron con el cuentecito de la tal caballerosidad, y tú, como tienes la cabeza en las nubes, ni bola le paras a nada. ¡Es el colmo tanta pendejada!

...y de marica...

¡Hombre, no seas marica! Tu madrina debe estar emputada porque no te quieres reventar. Tienes que declarar que tú eres el verdadero autor del cuento. Ni que te hubieran dado millones... Ya fui donde Sanín, el

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

corresponsal de El Espectador, y le dije que ibas mañana a su oficina; cuidado me haces quedar mal, ve que cuando yo meto mi nombre de por medio la cosa va en serio y siempre he ganado todos los pleitos. Cuidado no vas, o vas a salir con pasteles de masa... ¡Ve que en la Renta todo el mundo sabe que Francia se metió en el brete y que el rollo del cuento tiene que soltarse!

...por no haber vomitado desde el principio una verdad que había sido aplastada por un nombre usurpador. Y luego las entrevistas con el corresponsal de El Espectador en su ciudad, las preguntas y el bullicio y el escándalo. Y, ahora, en este magazín se leía un llamado en busca de la verdad esquiva. Releyó su afirmación de Sí, ese cuento es mío, viendo algo que creyó nunca llegaría a ver escrito. Pensó que no sabía por dónde empezar a escribir el cuento del cuento, que el magazín requería para reconstruir la certeza que él sabía suya.

El nadador

A Ricardo Umaña Guzmán — inolvidable compañero del Colegio Americano e inmenso amigo de inacabable generosidad y humor chispeante —, este cuento escrito y festejado en su casa de Bogotá

*Magazín Dominical de El Espectador,
domingo, 30 de abril de 1972*

Hoy es sábado. Todos corren a quitarse de la espalda la angustia acumulada en la semana, el cansancio que quiere ahogarse en el escape ficticio que después crecerá y será cansancio envejecido.

Hoy es sábado, pero para ti es cualquier día: tú caminas lentamente (manos en los bolsillos, mirada perdida, aliento olvidado); como si fueses caminando con la venda en los ojos y a tu espalda la espada ansiosa; como si fueses el último de los tristes, heredero de toda esa montaña de infelicidad. Las luces te rodean, pero tú estás oscuro: los ruidos te golpean, a ti, ajeno en un mundo de sonidos especiales, donde solo eres tú y tu lánguido camino. Los olores y las risas y la música te asfixian, a ti que no sientes, a ti que estás perdido, ido en la maraña densa de tus sueños destrozados.

Caminó por el camino que ataba el bullicio nocturno del pueblo a la apagada soledad de la casa en ruinas, donde el abuelo vio morir sus ilusiones marineras. Se sintió aliviado: los pies dentro del agua oscura, los glúteos sobre el muellecito de madera que su abuelo construyera para amarrar, alguna vez, su ejército de lanchas.

Chapoteó con los pies, otra vez más, como siempre desde niño. Los mismos pies que patearon fieramente en crawl, como rana, en

mariposa, el líquido donde sus ilusiones infantiles vieron llegar la alegría salvaje de su adolescencia, y la resignación sosegada de una plenitud derramada así, de pronto.

El agua había sido su elemento: así lo atestiguaban los trofeos, los diplomas, los diarios y sus noticias, dando cuenta de sus triunfos.

¡Splaaashh! El cuerpo desnudo cayó limpiamente al agua sombría, se arqueó instintivamente y avanzó hacia el aire, arriba. La técnica dejó entrever su superioridad: sus manos se hundían y salían rítmicamente (remos musculados), y sus pies (los amigos les decían “los fuera de borda”) pateaban con los mismos movimientos de un tiburón en pleno frenesí. El agua recorría su piel, sin sentirla, y sus ojos permanecían cerrados. Recordó sus últimas palabras: “Te juro que yo te quiero solo a ti. No me dejes por favor, no me dejes...”, seguidas de la humedad salada de sus lágrimas. Nunca pensó que un matrimonio como el de ellos acabaría como el de tantos otros.

Las olas se hundían más en su propio seno y, de pronto, el viento les borraba la espuma, estrellándola en la cara del nadador nocturno. El ritmo continuaba invariable: el codo en noventa grados, la patada exacta en el momento exacto, la mano en el agua ya, el otro codo arriba, el salto, y la boca ansiosa y el pulmón hambriento de oxígeno.

Debo llevar ya dos horas nadando, pensó. ¿Hasta cuándo? Su desfallecimiento progresivo reclamó descanso. Su entrenador inundó sus recuerdos de niño: Húndete y bota el aire por la boca y la nariz, sal, coge la bocanada grande de aire, húndete, bota el aire por la boca y la nariz, sal, coge... Siguió.

La separación hubiese sido lo correcto, pero la noticia del periódico era demasiado. *¿Para qué seguir?* Tenía que seguir: al menos el final empezaba a mostrar su boca amenazante. Volvió la vista hacia donde creyó estaba la playa: nada, solo agua oscura, salada, rugiente. Arriba, las nubes se negaban a dar paso a una luna desfalleciente... Y

la brazada implacable pero un tanto adormecida, y la respiración más agitada, y el músculo invadido por las toxinas del cansancio...

Surgió el camión, la mujer se lanzó a unas llantas inmensas, aumentadas en peso por el algodón cargado (tan suave y tan liviano como todos lo recuerdan), el grito de las gentes y la rueda homicida en la garganta delicada, sobre la cabellera suave.

El sol ascendió. El agua respondió a la luz y se aclaró, iluminando una brazada cada vez más débil, una boca triste, los pies sin ritmo. El último no-me-dejes era una baba pegajosa en su aturdida memoria.

Trató de coger el aire que se negaba, el dolor en los hombros cada vez más exacto; la risa de su mente embrutecida, el eco de mil voces inidentificables ya, el aire, el aire. Ya no el brazo en alto, sino sobre la superficie; ya no cortando limpiamente, sino forcejeando con el agua; ya no el aire, sino la angustia salada en los pulmones; ya no la mujer bajo la acción demoledora de la rueda, sino la música del desvanecimiento.

Y allá arriba, el mundo, el aire.

El mar siguió con su entraña inalterable, sintiendo solamente la ondulación suave de un cuerpo en descenso, y un ritmo negro de cabellos bajo el halo verde de los rayos refractados.

El farmacéuta

*A mi compadre Lácides Vargas,
con quien escribimos este relato a cuatro manos.*

Pueden empezar a contar la historia por la llaga de la madre de la que sería hasta su muerte su mujer. Pero su mente no sería justo equipararla a anaqueles. A colores, tamaños, logotipos. De Francia, Alemania, Norteamérica. Lucho solo recibió la carne de caballo venida en los buques, en Puerto Colombia. Y se interesó en la carne insólita con respecto al digerir e impresionar la mesa de la terrible familia.

Lucho, quien afilaba las cuchillas para perpetuar día a día las afeitadas, antes de las pirámides.

Una vena azul humana, en pleno ejercicio del temblar, constituía los básicos milagros de Lucho. Dada la tierna ciencia de la época, nadie pudo registrar cuánto gastaba Lucho de su corazón en mantener la aguja sin herir.

Vestía de saco gris, normalmente. El desangre diario de sus farmacias, en curar o en intentar curar, no eran, exactamente, la razón de un Lucho raído. Dado el hecho de que Lucho nunca quiso divulgarlo, sentimos que no debemos ahondar en el misterio de sus farmacias cuatro a su muerte, y el mecedor que sostuvo su dolor y su quejido en la casa de su esposa y de sus hijos y de sus dos muchachas de servir.

Consta que Lucho cayó junto a la estufa Perfection, que la señora Tere, su esposa, profesora dignísima, había comprado. Ese sonido

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

de hundimiento mató a Tere. Fueron un año y veintidós días de luto negro, desde donde tuvo que hablar bajo los mangos, entre los móviles vidrios de luz del sol de casi diez, frente a las muchachas que afilaban los gruesos granos de arena con su peso, sin oír, y no sabiendo que esa mujer de negro se aproximaba a la ausencia.

Gustavo como que intuía la tristeza. Tere fue, después de Lucho, ese solo diciembre. Yo fui con ella a los últimos juguetes. Gustavo fue capaz de ajedrez; también sus dados lubricaron la vuelta al ludo, como si no supiera. Tudy, sin más nunca techo de amor, tuvo, con sus cinco años, que empezar a ser mujer.

Hablamos de dos muertes porque no podemos hablar de una sola. En nuestro torpe y aprendiz corazón de poteras arrancadas del jardín; de un molino, del molino de la carne de la mano de una tía, mal podrían preguntarnos de la lógica de nada, menos del querer, aún menos del olvido.

Mi hermana no quiere olvidar y el desierto de adentro quiere ser su piel. Yo ruego que todo ser tenga esperanza. Pero veo y siento, frente al paso de los días, que lo que llamamos en nosotros muerte coincide con nuestro desprecio por los despreciados.

Fue la tierra y fue la colina. Fue el muelle, ya solo, con solo la lengua del agua, desgastándolo. En la hamaca, el hombre con manos de timol trataba de tapar en sí el resquicio del cielo y el mar escribiendo poemas con tinta verde. Pasaban otra vez las tres, las cuatro. Faltaba la casa.

Lucho sintió el buque en su corazón: jamás pensó que sonaría en su corazón en ciertos años.

Atajamos en este instante los recuerdos para no tanto repetir palabras que pudiésemos decir en una sola. No es cierto que somos capaces, tampoco, de darle a nuestro padre el rostro del que fue pesado, triste, noble y mediano. Nos basta que nos quede la mano que

se anticipó a Fromm, cuando a los seis años quería besar a Bárbara. Yo, por supuesto. Sentimos la voz que dijo que la muñeca de Tudy se llamaba Ana María. Nos hace falta su profundo no negarle a nadie. Sus orejas mayores en el sonido del mar. Sus dientes pequeñitos. Su pecho ancho. Y su olor que empezamos a extrañar ese quince de agosto de mil novecientos sesenta y dos.

El peso de ser hombre

Finalista en el Concurso Nacional de Cuento Vanguardia Liberal y Revista Jorge Zalamea, el Gran Burundú Burundá, Bucaramanga, 1980

*Todos los hombres seguimos
un camino interior y un camino común a todos.
El Hombre, a través del tiempo,
ha seguido un camino tortuoso, difícil y errado.
Tal vez por lo fácil de recorrerlo.
Se gasta la vida a cada momento y,
sin embargo, no nos damos ni cuenta.
A veces tiramos pedazos de vida y,
entonces, vemos, o algún día, más tarde, llegamos a entender.
Seguimos en el camino de la eternidad y de nuestra propia finitud.*

El hombre puso los pies sobre la tierra y se sintió extrañado. La presión sobre el hombro le hizo reparar en la correa y, siguiéndola con la vista, llegó hasta la talega oscura, pesada, repleta, tan repleta que al meter la mano le produjo la sensación de un mar que estaba todo lleno de peces, apretados los unos contra los otros, sin poder moverse, pero listos a hacerlo a la menor presencia de espacio. Metió los dos dedos pulgares bajo la correa, inclinó un poco los hombros, y estuvo más cómodo con el desplazamiento del peso hacia su carne no maltratada todavía.

La talega era gruesa, honda, muy profunda. Adentro todo bullía sin movimiento. Se sentía el temblor del caballo que agita solo la piel, pero está por desbocarse. Anduvo un trecho y como el peso era tan

desconocido —y por lo tanto grande—, metió la mano y arrojó algo de lo que llevaba adentro.

El niño corrió detrás de la mariposa que se fue, y se encontró, de pronto, entre su afán de destrucción y las flores de los lados del arroyo. Cuando se abalanzó a arrancarlas sintió que, entre su vida y las flores, el barro se burlaba de sus tiernos zapatos, de sus medicitas blancas que se fueron absorbidas por el fango. Sus ojos se quedaron muy abiertos.

El hombre sabría, después que los ojos muy abiertos o son miedo o son sorpresa.

Respirando se oyó un sonido finísimo. Después de respirar miles de veces aprendió los trucos de tragar el aire y sacarlo por la boca compitiendo con los pájaros. Esto le alegró, pues se sintió acompañado en el silencio que era el mueve que mueve de su cabeza con miles de cosas exactas, nada más. Sin darse cuenta su mano rozó la pesada alforja, entera todavía. El puente (ya iba por un puente) era largo y con baranditas a los lados como para hacer más provocativa la competencia con las aves. El hombre siempre ha sentido atracción por el espacio, y esto lo demuestran claramente la antigua astronomía y las hamacas. Así es que el hombre hirió el aire y el proyectil se detuvo en el manto de arena.

Una madre pálida quedó de un lado del puente y vio cómo un niño, deshecha su desnutrición por las explosiones, se iba lento como un humo. El hombre vio unos pechos secos, unos ojos llenos de lágrimas, los cabellos deshechos y los pies cortados. Hasta que el viento secó las lágrimas. Y la mujer, después de varias lluvias, fue confundida con la arena. Y olvidada.

El hombre llegaría a entender, algún día, que el dolor es soledad.

Los ríos se llenan de palabras por las noches pues hasta la luna, como mujer, viene a visitarlos. El hombre extrañado veía cómo los

pies tropezaban más con las piedras, con los moños de hierba, con las raíces vagabundas, y, pensando que era el saco lo que le quemaba tanto el hombro, ayudó al hombro y asustó al río con el objeto que chapoteó un instante y después se hundió lentamente.

El bastón estaba dormido en la hierba y un poco más allá había un hombre viejo, sentado en un banco. Las manos temblorosas, arrugadas e inseguras. Los ojos desgastados de haber visto tanto. El viejo se sintió, al levantar la cabeza, más cerca de las nubes que del bastón mismo. Y se quedó mirando a las estrellas.

El hombre sabría después el parentesco de las nubes con los sueños y la relación de los luceros con la inquietud ante la vida.

Se cambió la alforja al otro lado y observó que casi no pesaba. Pero, ya con cierta malicia aprendida, sospechó aquello de que las cosas son más gratas al principio, cuando hay misterio y esperanzas.

Ya era de mañana y las hojas se despertaban frescas, húmedas del amor nocturno del rocío. El hombre quiso silbar cuando oyó a los pájaros llenar la ternura del aire, pero gustaría más del silencio después de querer imitar todos los sonidos sin poder lograrlo. Un pensamiento fugaz pasó por su mente como un ejército de ratas hambrientas. Quiso hacer artificios con el sonido que ya dominaba mejor, hasta que la lengua se le empelotó como un trapo mojado y la garganta le dolió con el esfuerzo. Su mano obedeció a la idea de destrozarse a esos animalitos voladores que se burlaban de sus capacidades, con tanto que llevaba metido en el saco, con tanto, y lanzó otra de las cosas que llevaba.

Pero el mochuelo que adornaba el trupillo voló pensando qué pasaba, y el que cantaba poemas a la aridez y soledad de los guamachos tuvo que volar más lejos rodando su canción. Y así el hombre emprendió un feroz ataque contra todo lo que cantaba, echando mano del saco una y otra vez. Desfallecido, se detuvo. No

pudo acabar con los pájaros ni con la música. Se fue a tierra, pues el saco pesaba más y más. Atónito, miró hacia adentro y no vio nada.

Con el correr del tiempo, el hombre sabría que la envidia es una hierba que cuando crece mucha forma el bosque del odio, y que los bosques apretados ahogan la luz.

Los días se van en las noches lo mismo que los hombres se van en las mujeres. El hombre vio muchos días arrastrados hacia las noches, pero hasta en las noches sentía el peso sobre el hombro, el dolor hondo enroscado como culebra y la libertad en los ojos alimentando luces. Y la culebra mordió otra vez, dirigiéndole la mano que buscó entre el millar de peces oscuros y apretados dentro de la bolsa. Rompió el aire, el objeto cayó rebotando como entre piedras, con un sonido de cascos de caballo circo.

El tumulto de voces era tan fuerte que las bocas se veían moverse, pero nada se entendía. La carne del hombre que cantaba versos sobre un mundo nuevo, con hombres que ofrecían flores a sus hembras, y que hicieron de la tierra un lugar de ríos y de valles perfumados, fue pasto de la ira que se vistió de multitud para poder callarlo. La arena revivió con su sangre. Y, cerca de allí, nació un mancatigre que proclamó su humildad con florecitas y su grito de guerra con semillas vestidas de espinas.

El hombre sabría algún día que la fe es vida.

Tanto andar produce miedo a veces. Si el camino se va lejos ya no se ve más allá de la vista porque los ojos se caen de distancia y en la sombra viven los leopardos. El hombre se sentó a pensar en el regreso. Caminó en sentido contrario, pero la Tierra seguía con él, de modo que echaba atrás con el mismo aire y con la riqueza (o la tortura, pensó) de los recuerdos. No pudo ya volverse. Quiso, entonces, arrancarse la bolsa, pero el dolor fue mayor porque a fuerza

de presencia ya era suya y quien se despoja de una parte sufre. Tiró, con movimiento frustrado, otro de los objetos.

Entonces, soñó. Se le fue la vida como un gas, sintió libertad, fue pájaro borracho de luz, se quedó inmóvil y eterno y se leyó para siempre como pedazo de aire.

El hombre entendió, por fin, que el sueño es libertad.

Se le subió el telón de niebla, descubrió muchos hombres cargados como él antes del sueño y vio un valle a sus pies donde las hormigas devoraban la Tierra para edificar palacios subterráneos, terráneos y supraterráneos. La luna presenciaba el hundimiento de tantos palacios y de las incontables hormigas, iguales desde lejos, pero acostumbradas a cargar colores sobre su vida como uniformes: las amarillas amontonadas y nerviosamente agudas; las negras, fuertes y curiosamente sometidas, tal vez por andar dobladas sobre la hondura de su tristeza; las blancas, llevándose más montañas, como locas, hacia el fondo de la tierra devorada. El viento ya no encontró montañas un día y jugó con tantas nubes que se vino el agua ahogando a las hormigas, disolviendo la sal de los palacios y dejando viva la cicatriz del silencio.

El hombre se sintió solo y se sintió hormiga, porque el sueño se le pasó, dejándole viva la indigestión de la tierra devorada.

Fue entonces cuando reparó en la bolsa más grande, más pesada, áspera como la de los soldados. Pero al soldado no le gusta la guerra. ni a nadie que sea de verdad soldado puede atraerle la muerte. Y la muerte es cuando todo se olvida o cuando se comprende todo.

El peso fue tan grande que, con un pequeño esfuerzo, casi sin darse cuenta, volcó todo lo que llevaba encima. Se quedó en tinieblas. Hacía tanto frío que la luz se escurrió como un lagarto. De pronto un rayo partió el silencio. La materia hizo el amor con el fuego revolcándose, revolviéndose mutuamente, restregándose

hondamente en la búsqueda de un orgasmo prolongado y salvaje. Poco después, el juego de serpientes fue desgajándose en lenta ternura.

Fue el principio. El mar quedó limpio y el cielo claro, lleno del sol soñoliento todavía.

Los dos pedacitos de madera flotaron ondulantes, plácidos, perdidos en la calma. Pero el mar se movió, pues su placidez es solo de momentos, y al moverse revolvió sus rutas. Torpemente unidos por ser pedacitos y por ser madera, ya no pudieron verse más aun estando juntos, pues uno habitó en la sombra del agua y el otro en la claridad del aire, turnándose, perdiéndose...

El hombre conoció el amor. Y allí descifró mil misterios y dejó el resto para después del paseo. Sintió por fin el dolor del mundo y vio cómo los sultanes de nalgas redondas vomitaban de tanto alimento que otros en manada rogaban al dios del cielo. Quemó los libros de su vida, se bañó desnudo, comió hierba, de la antigua que se oculta en los senderos, hasta que dejó —en el despojo de sus fantasmas— la constancia de la verdadera vida, que es el sentimiento del amor como fuerza del hombre. Tanto quiso que se olvidó de sí mismo y de su hombro cargado con el peso de ser hombre. La tierra en los dientes revuelta con piedrecitas le saltó la sangre, lo mismo que el recuerdo de su fin futuro. La talega pesada ni siquiera lo asustó. Se enderezó, tambaleándose, como el gran animal caído. Se empujó la bolsa en el hombro, el pelo despeinado y los ojos perdidos, y buscó con la mano la multitud de peces apretados, pero no encontró nada. Desesperado revolvió el vacío, pero encontró solamente un objeto frío, duro y puntiagudo. Lo apretó y sintió un solo destello, rápido como un látigo. Miró al cielo por donde las nubes blancas se iban, y lo tiró como quien suelta una sonrisa amarga. Abandonó sin mirar la talega y se llevó sus pasos hacia la niebla lejana.

La cueva de cielo y estrellas de Orianita

*Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas
todas aquellas cosas que fueron luego formadas.*
Salmo 139:16

Orianita estaba desde siempre en la cueva de cielo y estrellas. Y esa cueva vive arriba de los días.

Los días viven abajo y pasan como las hojas de un libro.

Y se pueden contar como piedrecitas de colores que se van oscureciendo; como brasitas encendidas que iluminan un momento y se van apagando, como pétalos de ceniza, unos sobre otros.

Pero Orianita estaba en la cueva de cielo y estrellas como en un sueño.

Ella estaba con su cabello rubio y su voz tierna. Y sus taloncitos finos y rosaditos. Y sus ojos suaves que, cuando se entrecierran, sonríen como si fueran susurros.

Pero la cueva de cielo y estrellas también era la cueva por donde fluyen subterráneos los días.

Y los días son el suelo de la cueva de cielo y estrellas.

Y los días no son sueños, sino los barquitos que navegan el mar sin orillas y sin olas de la cueva de cielo y estrellas.

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

Pero van soñando puertos. Con sus muelles que son las escalinatas de agua, que se van convirtiendo en suelo y tierra. Y, luego, en ventanas y lechos y jardines, dentro de la cueva de cielo y estrellas donde estaba, desde siempre, Orianita, como en un sueño.

Y en el sueño, los suaves ojos de Orianita sonreían como en un susurro que aromaba toda la cueva de cielo y estrellas.

La cueva de cielo y estrellas tiene ojos, que son todas las estrellas, que están todas en la cueva de cielo y estrellas.

Y como tiene ojos, que son sus estrellas, que tiemblan en la tibieza de su piel de oscuridad clara, la cueva de cielo y estrellas vio los ojos entrecerrados de Orianita.

Y se estremeció y amó a esa dulce niña de labios rojos, más finos que el rojo de los rubíes.

Y la besó detrás de sus pestañas de gacela, detrás de sus ojos sonrientes, todavía dormidos en la tibieza que hay en la cueva de cielo y estrellas.

Y como tiene corazón, un corazón que tiembla por todas sus estrellas, un corazón que tiembla cada vez que titila la frágil luz de cada una de sus frágiles estrellas, la cueva de cielo y estrellas quiso ver a Orianita dibujando sus estrellas y su cielo.

Quiso ver a Orianita dibujando sus árboles y su hierba.

Quiso ver a Orianita dibujando a su papá y a su mamá, que en los dibujos de Orianita siempre estaban juntos en el retrato de la cueva de cielo y estrellas de Orianita, pero no se sabía si ellos —el papá y la mamá de Orianita— en el dibujo estaban juntos.

Porque una vez era el papá de Orianita el que tenía unos ojos de círculos negros vacíos, que no miraban hacia ninguna parte o no veían nada. Ni siquiera a la mamá de Orianita, que tenía una trenza

negra y una trenza rubia como si fuera dos mujeres en una, o estaba furiosa y a su lado Orianita se había dibujado a sí misma asustada.

Y en todos los dibujos de Orianita estaba dibujada una casa con puertas grandes, como templo.

Y esa casa tenía puertas grandes de templo, para que entraran y salieran Orianita con su papá y su mamá.

Pero esa casa, que la cueva de cielo y estrellas le había mostrado a Orianita cuando todavía estaba dormida y que la cueva de cielo y estrellas conocía por primera vez, ahora, al ver los dibujos que Orianita había hecho estando todavía dormida en su cueva de cielo y de estrellas, esa casa parecía flotar en el aire.

Esa casa de Orianita con su mamá y su papá parecía estar entre las flores y el cielo y las estrellas y las verdes colinas y más allá del mar, pero no se sabía si tocaba el suelo.

La cueva de cielo y estrellas había escogido alegrar su corazón con la sonrisa suave de los ojos de Orianita.

Y, entonces, despertó a los padres de Orianita, a cada uno despertó.

Y les susurró la vida de Orianita, como árboles que sienten el agua que es su vida, pero que no pueden ver.

Y los puso en mitad de la luz de la tarde, a ellos, los padres de Orianita.

Y esa tarde en que el padre y la madre de Orianita se creyeron ver por vez primera, la cueva de cielo y estrellas bordaba y curvaba los ojos de ellos con la sonrisa de los ojos de Orianita, que ya estaba allí en los ojos de ellos, que se volvieron una sola luz.

Una luz que iluminó la cueva de cielo y de estrellas, desde antes del ayer hasta después de su cielo y sus estrellas.

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

Pero, para que Orianita ya no fuera un sueño, la cueva de cielo y de estrellas le dio su suelo que es de días. Y le dio su techo, que siempre está cerca, como la respiración y el abrazo. Y tan lejos, que bajo su sombra y su nave caben todos los cielos que son posibles hasta ahora.

Como ya había unido al padre y a la madre de Orianita en un atardecer de luz, la cueva de cielo y estrellas los miró a ambos: al padre y a la madre de Orianita los miró.

Él parecía hecho de jirones de fuego, de vigas carcomidas, de quebraciones y gemidos, de naufragios que nadie había escuchado, de troncos rugosos e indomables, de tormentas que en vez de hacer nacer arrancan las plantitas germinadas.

Ella, en cambio, poseía el mirar de eterno desierto y arena de la esfinge. Pero sus ojos eran brillo de risa y manantial de lágrimas. Era una paloma herida, con fuerza y fiereza de leona. Era un grito sangrante que iba desde el cielo hasta el abismo de la cueva de cielo y estrellas, donde ella era el velo sagrado desgarrado enfrentado a las estrellas.

Y, entonces, la cueva de cielo y estrellas tomó del padre de Orianita un instante de su luz; la luz que tendrán siempre los seres a pesar de sus recurrentes oscuridades. Le sacó de sus tormentos una espiga de luz, una semillita afilada de luz le sacó de su sangre y de sus sueños y de sus entrañas al padre de Orianita.

Y la cueva de cielo y de estrellas de Orianita vistió de anhelo a la madre de Orianita. E inflamó sus carnes rosadas hasta un estallido de fuego que se convirtió en sangre llamante, que se propagaba en la asustada, pero sabia quietud de la cueva de cielo y de estrellas.

Y la espiguita de luz que era el padre de Orianita llegó a su orilla eterna para comenzar la cuenta de los días con los que cuentan nuestra vida humana. Esa espina de vida sola e incompleta llegó

hasta su rosa, hasta su paraíso desde siempre perdido, pero ahora encontrado, y se quedó en su pétalo suave y blando como sabiendo que era su destino. Esa nave, minúscula en el mar del tiempo y el abismo, ablandó y fundió la blanda y cálida arena temblante de la madre de Orianita, encallando en su eternidad.

Y no se sabía si era luz o noche.

Se oía un barco lejano y chillidos de gaviotas despedazando el frío y la bruma. Y se oía un nuevo sonido, casi un ruido. Eran las manos humanas que izaban las velas y cobraban las redes llenas de peces brillantes y temblantes. Y olía a caldo, a flor, a hogar...

Y la cueva de cielo y de estrellas de Orianita sintió miedo. Miedo de que, ahora, que las agonías y los tormentos se habían vuelto silencio de esperanza, un viento acaso amenazara con derribar los edificios de los cuerpos y con ellos destruyera a esa carne rosada, sosegada, redondeada. Y con ella fueran a despertarse, antes de su tiempo, los ojos de Orianita que son una sonrisa dormida. O que los ojos de Orianita no se despertaran nunca, y siguieran navegando en los fríos y oscuros abismos de la nada.

Y la cueva de cielo y de estrellas de Orianita sufrió la angustia de sentir la amenaza sobre la hija de nuestra sangre y nuestras entrañas.

Y su dolor —solo y eterno— le mereció cumplir su amor, elevar esa vida naciente como se ofrenda un ramillete de tiernas flores, como se eleva una oración, como se entrega una canción.

Y se atrevió, entonces. Y no sintió miedo de someterse a la tortura de soñar perderla, de arriesgarla frente a los números de abismo de los dados de la muerte.

Y la cueva de cielo y estrellas, hogar y habitante por llegar, se hizo cueva en el exacto lugar donde estaba la cueva materna de la madre de Orianita.

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

Y fueron el vientre de la mujer y el vientre eterno un solo vientre sagrado.

Y su puerta, su escotilla, esperaba un lenguaje que nombrara la orden de abrirse al aire, al agua, a la tierra y a las flores.

Y Orianita descendió en el aire de la cueva de cielo y estrellas. No obstante, lloró por la tibieza y la ensoñación perdidas del vientre de su madre, a donde más nunca volvería.

Y la cueva de cielo y estrellas de Orianita se sintió eterna en los finitos días de la cueva de la madre humana, de la madre de Orianita.

Y en los sonrientes días de los ojos de Orianita.

Bosquejo inicial para una nueva arca final

Proveer a la imaginación de un lugar de la imaginación nacido de la convergencia esencial de todo lo existido — así sea una vez —, o de lo que habría de existir — dicho esto para la necesidad de los apenas navegantes del tiempo —, es una tarea que necesitaba el enclavar algunas conciencias — interpolarlas, hacer sus necesarios injertos de espigas o retoños en otras aguas de sensaciones —, dimensiones, luces curvas siempre incesantes, regiones donde las palabras nos someten a apremio y nos demuestran lo no por creídas sean tan abundantes.

En algún lugar de la humedad de miel del dáttil, que no solo captura la lengua del insecto sediento y moribundo, aún más cautivo en ella en la ciega llamada para traspasar el umbral de lo que llaman — no sé si perciben su sutil fluir — umbral del vida y la muerte, en la cúpula o eyaculación salvadora, está también la finísima, tanto como igual de poderosa, gota del rocío del desierto, o el ritual de cirio perdido en una de las catedrales armonizadas según el ver euclidiano, desde donde Fulcanelli quizá ambicionó descansar o hacer descansar a la especie en un ritual de mutación alquímica espacial, legando la idea — quizá solo eso — de un arca sagrada que copulase intermitentemente, desde su iniciación de piedras totémicocélticas hasta sus cubiertas de vitrales y cruces, con secretos y exactos lugares de orificios, donde recibir hasta su profundo, y entonces vivo corazón, ciertos rayos de equinoccio o solsticio.

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

Esas son las arcas que esencialmente conozco. Pero en mi corazón de barro y agua primigenios, de fuego abrasante o frío infinito, ha resultado extraño el buscar forma de barca a lo que esencialmente navega en todo y fluye desde siempre buscando alimentarse de lo que esos timoneles suyos, que de algún modo terminaremos siendo fantasmas por encima de las más elevadas magnitudes, o en el centro engeguecedor de las más vertiginosas revelaciones, o en el ojo de las vorágines más inasibles o irrepresentables o inimaginables, podemos lograr dejarlas como prehistorias oníricas frente a un nuevo orden de sueños, a los cuales llamemos así solo por honrar el recuerdo, los ancestros, a los que sí nunca podríamos dejar de amar los que no hemos nacido para pretender nada, ni aun menos para falsamente honrar nada.

Las mezquitas, los igloos, las pagodas, las cuevas penumbradas de venados rupestres, los chinchorros, los refugios bosquimanos... al igual que las torres gemelas del World Trade Center o la zafírica estructura Pompidou o the Metropolitan House of the Opera en Sidney ¿qué albergan en su fondo?

Creo que no solo al mismo hombre sometido a distintas inclemencias que han madurado su piel en ocre o uvas o duraznos, sino todo el anhelo aún no cumplido de hacer una sola arca elemental con piel de tigre de Bengala, sudores de mustangs o bisontes trepidando en las praderas bajo los rifles de los buffalo bills de turno, con los ojos suaves de la gacela de Thompson o con el letárgico ondular dual mamatorio de una sirénida mecida en un estuario tibio, mientras sangra la llanura desgarrada de zarpas y hondos colmillos, bajo el relato profundo de los tambores lamidos por los fuegos y baritan de celo los paquidermos, desde el barro índico hasta Tanzania: todo lo nombrable en lo vivo, pero sin nombrar nada.

Esa sería la piel bosquejada con la cual flotaría ya por fin un arca final, la cual, por supuesto, deberá incluir un gran archivo sensible de

José Luis Hereyra

todo lo que ha vivido, y un lugar especialmente sagrado para todos los seres que hemos destruido.

Reportajes

Reportaje a Freda Sargent de Obregón

El Espectador, Bogotá, 20 de mayo de 1978

Cuando se escucha la voz de esta mujer por primera vez, se tiene la impresión de que es la fragilidad hecha persona, algo así como la Alicia de Lewis Carroll, mitad niña-inocencia mitad mujer-conocimiento. Y es que, de hecho, hay circunstancias en la vida de Freda que son como una larga amenaza de soledad, como si esos bombardeos a la Londres donde ella nació, donde su imaginación empezó a formarse, marcaran la vida de sucesivos estallidos interiores y exteriores que —de una forma u otra— han determinado su vida, ahondando su sensibilidad, haciéndola más vulnerable a un mundo terrible y multiforme.

Luego, cuando aparece, despierta la ternura que un ser necesitado de cariño produce y un sentimiento de solidaridad humana afianza. No parece real del todo, pero, mientras atiza la chimenea, entre sus cuadros que expresan nostálgicos mensajes a través de flores y formas que murmuran suaves colores, uno se pregunta el precio del amor y del arte.

Nuestra conversación se va desenvolviendo lentamente, como una barca cuando se empuja penosamente desde la playa, hasta que empieza a bambolearse entre las olas, cada vez con mayor libertad.

Su infancia, los horrores de la guerra

Mis padres, como todos los padres, no tenían una noción exacta de lo que iba a ser mi futuro. En realidad, nadie lo sabe tan temprano. Claro que en esa época ya me gustaba dibujar. Me críe en Kent. Era una época difícil. Los bombardeos eran sucesivos y terribles. Yo siempre tenía miedo; miedo de que fueran a morir mis seres queridos, mi hermana gemela, yo misma... La guerra había hecho cerrar los colegios, había dificultades en comer, en estudiar.

Se sirve el trago de ron con gaseosa y trata de encender un cigarrillo de tabaco negro, haciéndome notar del daño que siente por el hábito continuo. Yo le ofrezco rubios aduciendo que son más suaves y que allá en la Costa no cuestan nada, que traje un cartón a los amigos. Ya la chimenea ha cogido un ritmo alegre e imperceptible, y las dos perrazas, enormes y cariñosas, settler irlandesas, rojizas como un atardecer y como dos atardeceres caídas, duermen plácidamente.

La dificultad de las entrevistas

Freda me advierte que no acostumbra dar entrevistas. Me explica que con facilidad se tergiversa o se añade, a veces tendenciosamente, y me recalca que hay temas sobre los que no le gusta hablar, ya porque no le parecen interesantes, ya porque puede ofender a alguien sin querer. Yo intuyo —me parece natural— que teme hablar de Alejandro Obregón. Y supongo que ha sido objeto en más de una oportunidad de preguntas duras o definitivamente estúpidas o de mal gusto.

Sobre un plato de flores pequeñas reposan tres claveles blancos. Ella los mira y me cuenta que estudio pintura en el Royal College of Art, que como ya se habrá advertido es inglés y en Londres es. Lo menciona no sin un fulgor de orgullo. Fue allí donde ganó la beca del gobierno francés que la instalaría en un hermoso estudio de vidrio que reflejaba los iridiscentes diálogos del sol parisiense con la joven

artista inglesa entre los gigantescos brazos de un árbol frutal. La tarde es fría ahora en contraste con el día. Pero el frío que advierto en Freda parece brotar de su interior. El frío de los recuerdos...

París, los sueños, Obregón...

Allí conocí a Alejandro. Allí lo conocí, en ese estudio con reflejos del sol. Vivíamos juntos, nos amábamos, cocinábamos juntos... Él era un desconocido, no tenía nada...

Se detiene. En el fondo me siento casi un intruso. No me gusta del todo que ella hable de algo que la afecta y que es como un fantasma que la acosa. Por eso la hago retornar a su infancia, a precisar su más fuerte recuerdo. Quizás es mejor el recuerdo del miedo de la muerte que el recuerdo del amor perdido.

Las impresiones de la infancia, la Navidad

En la infancia... es difícil precisar. *¡Todo es tan intenso en la infancia!* Las impresiones son más puras, todo es más fuerte, hasta el sabor de la comida, el miedo de la muerte, el amor... El mundo le va grabando a uno las cosas en la conciencia con tanta fuerza que a veces se confunden, sí, eso es, de tanto se confunden...

Recuerdo aquello de que el hombre al nacer es una "tabula rasa" y que la experiencia va escribiendo en él el indescifrable lenguaje de su destino.

A fin de cuentas, el sicologista que lo dijo también es-era inglés, sentenció.

Reímos. Ella continúa.

Recuerdo hasta el color de la primera bola de lana. Era verde. De un verde bellissimo, ¡y todavía en mis cuadros estoy buscando ese verde! Todo es más vívido en la infancia...

El término (vivid) es el mismo en español. Ella trata de pronunciarlo en ambas lenguas hasta que logra un lugar indefinible en el cual se puede llegar a sospechar que el pensamiento y las sensaciones son el origen y finalidad última del lenguaje.

Recuerdo mucho cuando niña la Navidad, esa felicidad que nos da un regalo, la comida, los días, las noches... Es difícil precisar, ¡tengo tantos recuerdos! Pero sí, lo que más recuerdo es el miedo de la guerra.

Me pregunta si quiero té, y ante mi aceptación lo ordena a Omaira, su compañía, y servicio, demostrando inconscientemente que ni sus órdenes están exentas de delicadeza. El té, la hora inglesa, la secreta permanencia de los hábitos ancestrales.

Inglaterra, origen de movimientos humanos

Mi familia es típica de Londres. Me encanta Londres, me gustan mucho los ingleses. Dicen que somos los locos de Europa, pero pienso que hay dos razas de locos en Europa: los rusos y los ingleses. Creo que quien lo dijo fue Napoleón. Siempre han tenido ideas muy avanzadas, pero mucha gente piensa que son solo los businessmen. Los hippies provienen de Inglaterra, la música moderna, la revolución sexual, todo... Hace tres años no vuelvo allí y estuve solo tres semanas... Los hippies han sido benéficos. Aunque no soy de los años sesenta, crecí en el ambiente donde enseñan que una mujer es una persona, ¡una persona!

La mujer enfrentada a la artista

Le pregunto sus experiencias al combinar la dura labor de artista y la no menos dura de esposa y madre. Su hijo Mateo tiene ahora dieciocho años y estudia en los Estados Unidos preparatorio

universitario, pero ¿y cuando era muy niño y requería muchos cuidados?

Es verdad que una mujer tiene como finalidad casarse y tener niños, añade.

Confieso que la respuesta me sorprende. En este instante no sé si habla la artista que añora la sencilla condición de la mujer que espera dócilmente a su marido entre el aroma de los alimentos cocidos con amor, o si añora el matrimonio y el hijo como proyección de su existencia hacia la sociedad, además de su trabajo artístico. Ella continúa.

Es difícil hacer ambas cosas. Pintar es una forma de vida... Cuando vine a este país fue como regresar cuatrocientos años. No esperan que la mujer es una persona, sino una posesión del marido.

Yo pienso en Obregón. Algo de su vida y de sus actitudes tiene que flotar en las palabras de ella.

La pareja y la influencia de los amigos

En Europa el hombre y la mujer son una pareja. Alejandro y yo vivimos durante años como una pareja. Pero aquí es un problema el machismo. Cuando el hombre se hace el macho es porque tiene vergüenza y el miedo de lo que puedan comentar los amigos. Así es en general.

A mi memoria viene el llamado ahora Grupo Barranquilla, a quienes ella conoció muy directamente, ya que Alejandro era de los más persistentes y asiduos miembros. Sé que a los sentimientos de una inglesa (en general a los de una mujer) este tipo de asociaciones no son muy agradables; allí se promueven las ausencias, cierto tipo de aventuras, las a veces grotescas expresiones de nuestra extravagancia tropical y hasta la violencia. Claro que en la memoria de la gente

persiste más un solo acto terrible de un hombre en un instante, que todas las sublimidades con las cuales pueble al mundo por siempre.

Me quedo mirando uno de sus cuadros y le pregunto sobre su concepción de la pintura, sobre su sentimiento hacia el arte.

Su concepción del arte

La pintura enseña; es porque trabajas con algo que no es real, trabajas con abstracciones, con colores. Tiene que hacer una cosa real, esto es una pintura que debe poseer una verdad emocional. Cuando la ves te das cuenta que es verdad, sin referencias a otras cosas, y la has hecho con cosas abstractas, con colores y formas. Pero la has hecho con el corazón. Todo lo que uno hace con el corazón enseña. Es la razón de pintar. No, no es la razón. *¡Uno tiene que ganarse la vida!*

La pugna, the struggle for life, la eterna ambivalencia entre la materia y el espíritu, la trabazón infinita de los contrarios, los cangrejos destrozándose en la playa, los faros que se buscan penosamente en la noche para aumentar su luz...

El feminismo no es el odio a los hombres sino la búsqueda del respeto a las mujeres. Lo mismo piensan que esta gente de Europa no tiene sangre caliente. No es eso. Los hombres en Europa hacen el amor igual. Y creo que esto de la sangre caliente es un mito, es una excusa para barbarismos. El machismo es miedo al homosexualismo, ¿no?

Freud y los muchachos, el tótem y el tabú, la conquista del fuego...

Claro que Alejandro ha sido muy importante en mi vida. Pero hablar solo de esto es como chisme de vecinas. *Él no era famoso cuando lo conocí.* Pasamos épocas muy duras... Pero pensar solo en el pasado es dañino.

Yo pienso en el mito bíblico de la mujer de Lot, petrificándose de sal al insistir en mirar al pasado. Freda prosigue.

Su vida no es solo referencia

Si el único punto de referencia para mí como pintora y como persona que vive en Colombia es haber pasado años de mi vida con Alejandro, ¡me parece 'jarto'! Recuerdo cuando vivíamos en el sur de Francia, con diez grados bajo cero entre la nieve, y yo me levantaba a las seis de la mañana a cortar leña, pues tenía que cuidar de mi niño. He tenido que trabajar duro. *Él ha pintado veinte años sin parar; yo he tenido que parar para atender necesidades.*

Se detiene. Ella no desea hablar del todo, pero lo hace. Quizá descansa, especie de catarsis, exorciza sus recuerdos sobre el crepuscular y frío fondo de su soledad.

Manolo Vellojín o las soluciones precisas

El Espectador, Bogotá, 2 de junio de 1978

Es difícil, en primera instancia, hacer una relación entre la imagen de este hombre y su obra. Manolo nos recibe en su apartamento enfundado en su pelo largo, ensortijado, sus jeans, y un aire triste de alegría sola. Es un típico barranquillero, y su estancia en Europa no ha alterado su aspecto desordenado, despreocupado. Pero, por el contrario, su obra se presenta como una de las más coherentes, lúcidas y seguras en un país signado por la inautenticidad.

No sabes lo que significa trabajar en esto, José Luis. Llevo un año entero trabajando. Todos son materiales nuevos. Antes era trabajar con el pincel y la tijera...

Se refiere a su última exposición, con fecha de inauguración 30 de mayo de 1978, en la Galería Garcés Velásquez. En esta exposición Manolo Vellojín presenta variaciones sobre la religión, la muerte y la solemnidad: 12 dolorosos, 4 sudarios, 6 esquelas y 2 estandartes.

Manolo me ofrece café y, mientras lo prepara, miro lo que me rodea. Hay cuadros suyos y otros objetos. Me detengo en ese salvaje cuadro de Goya donde los toros arremeten contra la multitud, en una especie de embriaguez mortal, suerte de corraleja española. Pero hay dos trazos enfrentados, como relámpagos blancos, que le dan una visión nueva a la obra. Ya no es el mismo cuadro. Manolo

ha intervenido. Su preocupación ha dado una visión nueva a una realidad interior.

Fue en La Perla. Abrí un closet y encontré esto. Julio Roca me dijo que era un regalo que le habían hecho. Tranquilo —le contesté—, yo te lo autentico. Y le autentiqué el cuadro. Es de él, lo tengo en préstamo.

En la obra de Manolo encuentro un afán de unificación, quizás expresa todo lo que son sus frustraciones y sus sueños... Una suerte de síntesis que deja un aliento de cosa por continuar, un intento finito, imperceptible de representación, casi secreta, casi inconsciente, de la vida.

En el aire flota, profunda, la suite para chelo solo de Bach. Es una música que siento relacionarse con la obra que tengo en frente: dolorosos, sudarios, esquelas, estandartes...

Sé que esta obra ha nacido de una íntima preocupación, de una deuda con fantasmas del pasado.

Estudié elementales con los jesuitas. Imagínate, lo más marcante cuando uno está 'pelao'. Ahora andan de capa caída.

En todo ser profundo el humor y la ironía son el vencimiento de los temores y amarguras. Es lenguaje de vencedores.

En el fondo, sí es cierto, uno opera por cosas anteriores. Cuando saque esta vaina de aquí será como sacar un catafalco. La depositaré en la funeraria, digo, en la galería. *¡Yo no me meto más en este viaje!*

Hablamos sobre sus hábitos de trabajo. Intuyo que, para él, los días y las noches son accidentes de sus pensamientos, de sus momentos, de sus decisiones.

Yo no tengo horas para trabajar. Trabajo como se puede. Yo no creo mucho en la cosa de que el artista tenga que trabajar en

momentos determinados. Si se tienen cosas que decir saldrán en el momento preciso.

Pienso en su obra. Es de una coherencia asombrosa. Definitivamente, para Manolo su vida y su tiempo tienen una sola proyección: su obra, son su obra. Su obra, bloque compacto alimentado con su tiempo y con su sangre.

Al fondo, a mis espaldas, sobre una pared dos máscaras: la del torito; la de la muerte. Entre ambas, una cruz tejida de palmas un domingo de ramos, sobre una pared blanca entre helechos y caracoles. Manolo habla, es una multitud de recuerdos. Pero se ve que no les teme. Ama las mariposas, los caracoles, el escarabajo egipcio de la buena suerte. Ama lo egipcio, sus tradiciones, la momia de Tutankamón, que con sus 3.300 años desafía el tiempo y a la ciencia moderna. Ama a Marcel Proust, envuelto vivo en el sudario de su miedo. Proust y Tutankamón, Zurbarán y Miguel Ángel, son los nombres de sus cuadros sudarios.

Yo comencé el primer sudario como sudario a secas. Originalmente era un sudario, simplemente. Pero cuando terminé el primero se me vino a la mente Zurbarán. Es extraño. Una relación entre una obra y un artista tan realista.

Manolo es inquieto, vehemente.

Admiro más a Da Vinci que a Miguel Ángel. Pero yo no concibo a Da Vinci envuelto en un sudario. Proust y su asma abierta tomando cerveza helada del Ritz, elegantísimo. Y a Tutankamón, ¡bueno!

Risas.

¡Yo le hice un sudario nuevo porque el otro estaba podrido!

Le pregunto, entonces, sobre la cruz. Creo advertir en su obra una relación sutil con este símbolo de la vida, de la muerte, de la esperanza.

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

Yo le hice un homenaje en el Museo de Arte Moderno, con una cruz doble, a una señora que fue como mi madre, a Mercedes Vellojín. Ahora he enfrentado el tema. Siempre he coqueteado con estos temas. Pero no me había descarado en esa forma. Yo creo mucho en las soluciones. A mí me interesan las soluciones precisas.

Hablamos de Barranquilla, de sus recuerdos. De los cantos árabes nocturnos de uno de los hombres más ricos que ha tenido la ciudad en su historia. De cuando lloraba con la música de Chopin a los quince o dieciséis años. Yo le recuerdo la vergüenza que le produce a mucha gente llorar.

Lo terrible es cuando ya uno no tenga capacidad de llorar. A la gente le da pena llorar. Son sentimentales vergonzantes. Me imagino que en la intimidad llorarán lo indecible.

Creo que Manolo no desconoce el sufrimiento. Es un hombre, un artista. Le hablo de Confucio. "Sé como el sándalo, que perfuma el hacha que lo hiere". Le fascina la frase. Realmente es algo bello.

Al fondo, en un rincón, una hermosa mecedora que parece flotar en el espacio, una palmera verde y un cuadro en tonos verdes y dorados. Hace parte de su exposición anterior toda en verde.

Manolo, a veces, mira el vacío; como absorbido por una realidad que solo él ve. Pienso en su soledad. Le pregunto sobre el amor.

Eso no te lo puedo confesar. Si yo te dijera lo que pienso del amor no podrías decirlo, porque estarías tachado por el periódico.

El tampoco escogería una parte especial del cuerpo humano por la misma razón anterior. Lo íntimo es para él vedado. Algo persiste de un vago hálito religioso.

Manolo no se explica cómo una persona tan neurótica como él pueda lograr una obra como esta. Se pregunta cómo alguien tan brusco puede hacer un trabajo tan delicado, trabajo de monja, como

dice entre risas. Me dice que esta obra es muy frágil, que hay que advertírselo al comprador. Le hablo del comercio del arte.

Hay que acabar con el concepto del comprador de arte que piensa que el artista vive de la limosna que ellos le dan. Pagan setenta mil dólares por un pantalón de Christian Dior y no quieren pagar por el arte...

Miro sus esquelas. Se va advirtiendo en ellas una comunicación que contempla la vida y la muerte, todas las manifestaciones interrumpidas, aquellas trucas. ¿Qué se puede decir al infinito cuando el tiempo se nos extiende más allá de la mirada? Hay bases que son como ríos oscuros y otras que son como el soporte del árbol de la vida. ¿Hasta dónde se extiende el deseo de comunicarle algo a alguien?

Manolo se queda allí, sentado, quizás viendo a una mujer vestida de negro atravesando la increíble luminosidad del medio día, entre el calor y el polvoriento suelo de la Costa Caribe colombiana.

Memoria no inicial de Alberto Assa

*Revista víacuarenta, Biblioteca Piloto del Caribe,
Nos. 22-23, 2016*

*No habrá desarrollo sin educación, ni progreso sin cultura.
Alberto Assa*

Esa mañana de domingo de abril de 1971 era especial, porque el cielo azul y el límpido sol que se metían a borbotones desde el patio iban amortiguados, perezosamente, por un aroma extraordinario. Cuando miré desde la hamaca hacia el patio, buscando la razón de ese aroma —que parecía más el aroma de un reino de ensoñación mágica— entendí, por fin, la razón del encantamiento: el corpulento árbol de mango, con su denso follaje verde oscuro, no era de cualquier clase de mango, era mango de azúcar, y todo el suelo del patio estaba totalmente tachonado con sus preciosos y delicados manjares, amarillos y rosados, diminutos, redondos, delicados...

“El cachorro de raza ya perdida entre mil cruces”, un dulce cachorro de gozque, blanco con manchas grises y amarillas, con grandes y llorosos ojos tiernos, se bamboleaba tropezando entre los mangos como un payaso en el circo, cayendo de lado o de nariz, hasta cuando entró a la casa, cerca de mi hamaca.

Los alumnos habían bautizado al cachorro con el nombre de “Tuto”, apócope de “Instituto”, y era considerado la mascota de

todo el Instituto Experimental del Atlántico, colegio que recién había iniciado labores para cumplir con el sueño que abrigara durante tantos años el Profesor Assa de educar integralmente a estudiantes de bachillerato de las zonas más pobres de Barranquilla, pero con una capacidad intelectual superior y un mínimo de esperanzas.

Yo estaba en el Experimental como celador los sábados en la tarde y los domingos todo el día, porque el celador oficial cuidaba todos los días de 6 de la tarde a 6 de la mañana, y el colegio quedaba vulnerablemente solo en esos espacios que me adjudicó el Profesor Assa —a pedido de mi madrina Olga García Cormane, quien era ya la Secretaria Administrativa del Experimental y mano derecha del Profesor Assa en su manejo— para ayudarme económicamente como alumno becado que era del Instituto de Lenguas Modernas—ILM. Además, yo estudiaba Filología e Idiomas en la Facultad de Educación de la Universidad del Atlántico, nombre de la antigua Escuela Superior de Idiomas —también creada por el Profesor Assa— y donde había estudiado mi madre, Teresa Collante, en los años cincuenta.

El cachorro se acercó a mi hamaca y acarició con su hociquito frío y tierno el dorso de mi mano que colgaba en el aire ya cerca del suelo. Lo acaricé y me mordisqueó los dedos, jugueteó, y luego se dirigió hacia una zona de labores de esa casona hermosa de la calle 57 entre carreras 44 y 45 —Cuartel y Líbano— en el Barrio Boston.

Pasaron unos minutos de silencio y, de pronto, oí un chillido de dolor. Me levanté de la hamaca a ver qué le estaba pasando al cachorro. Adiviné que se encontraba en la zona media de la casa, a la que le habían añadido algunas habitaciones más, de manera que un desagüe, que debió haberse vertido en el antiguo patio colosal, ahora quedaba dentro de la casa y el cachorro había intentado entrar y se había atascado entre las salientes cortantes de un cemento anterior con el que habían querido sellar ese desagüe. Liberé dificultosamente

al animalito, quien sangraba en su tierno pelaje blanco, y le hice algunas curaciones — más humanas que veterinarias— con algodón y merthiolate que había en el botiquín de primeros auxilios del colegio. Lo metí en la hamaca y, acariciándolo, se durmió.

Sentí que era protagonista de algo doloroso y absurdo. El perrito me hacía sentir ese ahogamiento, la creciente asfixia vivida por el protagonista de “No se culpe a nadie”, el cuento de Julio Cortázar, donde el tipo se va a poner un “pulóver” —anglicismo argentino para “suéter”, otro anglicismo— y desde el inicio mete la cabeza por la manga, y luego se va enredando más y más, con las pelusas de lana pastosamente empapadas de saliva en su propia garganta, hasta que muere asfixiado.

En ese momento, en 1971, a mis veinte años recién cumplidos, yo nunca había escrito un cuento antes. Había “cometido algunos poemas” de amor púber desde los trece años, pero nada más. Me levanté y, de un solo tirón, escribí “El desagüe”, mi primer cuento en la vida y que ganaría el Premio Nacional de Literatura El Espectador en septiembre de ese mismo año 1971. Luego repetí ese premio casi enseguida, en enero de 1972, con el cuento “Disección de un desencuentro”, mi segundo cuento en la vida, escrito en el mismo lugar (el Instituto Experimental del Atlántico en el barrio Boston), con la misma música ambiental de fondo (la colección de música clásica del Experimental) y en la misma máquina de escribir (la Underwood reluciente del Experimental).

El Profesor Assa me había confiado esa honrosa posibilidad de cuidar el colegio y además ganarme unos pesos, más por la inmensa amistad que él, su esposa doña Nuria y su hija Nuria (que para media Barranquilla siempre fueron doña Nuri y Nuri) tenían con mi madrina de sacramento, doña Olga García Cormane, su señora madre doña Maxi Cormane y su hijo y nieto, respectivamente, el pianista y hoy médico y odontólogo en Italia Luis Fernando Patín García. Y hoy le

agradezco mucho más al Profesor Assa todo lo que hizo por mí, a su memoria de hombre superior y extraordinario, porque durante muchos años cargué con la merecida fama de rey del despelote, la rumba, la poesía y las mujeres. Además —y a pesar de esa fama non sancta— mientras cuidaba el Experimental, el Profesor Assa me había autorizado a leer e investigar en la Biblioteca, a usar el equipo de sonido con su amplísima discoteca clásica y a usar la máquina de escribir. Como en un mundo inexplicable y perfecto, la inmensa generosidad del Profesor Assa por los muchachos pobres marcaba con una luz inextinguible mi destino.

Luis Fernando, Nuri y yo éramos compañeros del Colegio Americano de Barranquilla, un colegio donde los valores éticos y la calidad académica nos hacían una sola familia. Yo iba un curso arriba de Luis Fernando y él un curso arriba de Nuri. Desde muy pequeño Luis Fernando estudió música en Bellas Artes y lenguas extranjeras —inglés, francés y alemán— becado en el Instituto de Lenguas Modernas del Profesor Assa. Era, además, un excelente alumno en el Colegio Americano de Barranquilla y una especie de joven prodigio en nuestro medio caribe, ya que, siendo todavía un adolescente de 14 años, fue el pianista de la famosa Orquesta de Pete Vicentini, el cual en una entrevista inolvidable dijo que Luis Fernando era tan bueno que había legado un sonido memorable a su orquesta.

Nuri y Luis Fernando, brillantes ambos, eran una pareja de amigos excepcionales y diarios, que compartían la música, el cine, la academia y las lenguas extranjeras todos los días. Como yo había quedado huérfano de padre y madre en 1962 y 1963 respectivamente, almorzaba todos los días donde mi madrina Olga García Cormane y doña Maxi —la casa de Luis Fernando— y allí compartíamos mucho con Nuri y Luis Fernando en un nivel de amistad y fraternidad que hasta el día de hoy persiste.

Solo para conversar o para avisarme que va a venir a Colombia, Nuri siempre me llama telefónicamente desde Washington D.C., donde trabaja; o desde Nueva York, donde vive por horas su hijo, el violinista de A Far Cry, Alex Fortes, quien vive más en un avión; o desde California, su hogar desde que llegó a estudiar a California en los setenta. Estos son los tres vértices del triángulo básico en que se desplaza su vida profesional y familiar. Es relevante decir que, en los últimos diez años, para Nuri Assa, ese triángulo ha sumado otro vértice hasta ser cuadrilátero, porque Barcelona, cuna familiar materna, siempre está en su corazón y en su itinerario, sobre todo desde que hace un par de años su hija, Eva Fortes, vive y trabaja desde Barcelona para el mundo.

También nos escribimos por Whatsapp frecuentemente y ayer, nada más, me envió una hermosa fotografía que tomó en Bethesda (California), donde la luna acaricia suavemente la esquina de un edificio que parece morisco, temblando bajo el rumor de un árbol silencioso, lo que evocaría en la imagen captada por la hija la sensibilidad musical, artística y poética del Profesor Assa, tanto en su condición de melómano universal o en su riguroso, certero y estremecedor trabajo de traductor-artista, vertido al español desde lenguas como el alemán, el inglés y el francés, de escritores inmortales como Goethe o Rilke o Zweig o Mann .

En este año 2016, por ejemplo, el día que Nuri entregó ya vendido el Edificio Guararé, el edificio familiar donde también funcionaba el Instituto de Lenguas Modernas —y que según indicaciones diarias del Profesor Assa a los taxistas barranquilleros estaba situado en “el cruce de las dos mentiras, porque queda en Campoalegre y Progreso” — , me invitó a almorzar a la que ella llama “una de sus dos oficinas en Colombia”, la Heladería Americana de 20 de Julio con la Calle 72, antiguo refugio afectivo y gastronómico del Profesor Assa y Nuri en Barranquilla, y donde aún está atendiendo Néstor, el mismo

que en la antigua sede de la Americana, en la calle San Blas, les servía el yogurt especial y los famosos helados frozomalt.

En 1963, por razones de su inminente muerte, mi madre le había pedido como su última voluntad a mi tía Carmen Collante de Falquez que me protegiera en su definitiva ausencia hasta verme graduado en el Colegio Americano, por lo que el Colegio Americano significaba para ella, la familia y la ciudad. Porque ella había estudiado en él —junto con mi madrina Olga García Cormane— y moría siendo profesora del Colegio Americano durante toda su vida. Por algunos peligrosos enfrentamientos familiares, mi tía Carmen, mis primos y yo tuvimos que abandonar Barranquilla. Todos fuimos trasladados al Colegio Americano de Bogotá, donde me gradué, gracias a Dios, con excelencia académica.

Aún sin la ceremonia de mi grado en Bogotá, regresé a Barranquilla y mi madrina Olga García —después de curarme una disentería amibiásica y una anemia perniciosa que no me dejaban crecer— me llamó a que siguiera almorzando donde ella y con la señora Maxi, como siempre; y le solicitó al Profesor Assa una beca en inglés (británico) para mí. El Profesor Assa me invitó a presentar el examen obligatorio y, cuando hube terminado, me dijo: “Pepe (porque siempre me dijo “Pepe”), usted salió bien librado del examen, pero de todas maneras tiene que someterse al curso de un año de gramática para que supere el ‘inglés de chipi chipi’ que es lo que habla.” Ese curso de un año era el famoso “Tubo”, un curso tan duro y formativo de verdad, “estrecho como un tubo”, y por eso producía pavor, ya que muchos no lograban superarlo.

En 2014, la revista web Alfa Eridiani de España invitó a mi gran amigo, el escritor Antonio Mora Vélez, ya un clásico colombiano y latinoamericano de la ciencia-ficción, a presentar una obra suya en inglés. Yo escogí 60 poemas de sus 3 libros de poesía publicados y los traduje del español al inglés en un volumen llamado *The Riders*

of Remembrance. El libro fue acogido en Europa con excelentes críticas, y confieso que le di gracias a Dios en silencio por haber sido formado por Alberto Assa Anavi y no haberme quedado en el “inglés de chipi chipi” que yo arrastraba jactanciosamente cuando lo conocí. Había recibido del Profesor Assa y para el resto de mi vida el rigor lingüístico, la sintaxis profunda y deslumbrante, la febril invocación a los signos y las palabras, y esa simbiosis ígnea de inspiración y obligada solidez científica cuando se escribe o se traduce.

Como epílogo, al hablar en estos días con Nuri Assa sobre este modestísimo texto de homenaje y recuerdo, me dijo que estaba muy cansada de ver cómo la memoria de su padre —nuestro querido y admirado Profesor Assa— corría el riesgo de caer en manos de gentes que de verdad no lo conocieron, porque él era un hombre alérgico a homenajes a su persona y que lo único que esperaba era que la memoria de Alberto Assa fuera honrada no dejando morir sus últimos legados, todos en favor de la educación de los desposeídos.

Para un hombre de ética profundamente humana como Alberto Assa, cuya portentosa inteligencia y su fina ironía no permitieron que se dejara jamás manosear de nadie, que no luchaba ni un pan para sí mismo ni nada para su propio beneficio... Para un hombre de verdad como él, como es el ideal de una de sus máximas: “Mire, joven, no se preocupe nunca por la nacionalidad, ni por la religión, ni por el ideario político de ningún hombre. Preocúpese únicamente de que sea un hombre de verdad. Es lo único importante...” Para un hombre que solo le veía sentido a la vida en el servicio a los demás, aun con la entrega de su propia vida, rendirle honores después de su muerte solo podría cumplirse rescatando del peligroso olvido y del cobarde abandono su legado, y construyendo sueños de justicia muy humanos hacia la libertad del espíritu a través de la educación, el arte y el pensamiento.

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

Quizá cuando el Profesor Assa dijo “Lo importante no es ser líder, sino ser útil”, pensaba en que el hombre verdadero debe despojarse de la inútil y efímera vanidad en el silencioso y anónimo servicio a la verdadera libertad de los demás: el acceso a la dignidad a través de la educación para que algún día los hombres sean hermanos.

Homenaje al Profesor Assa no es empañar su legado con falsas investigaciones sobre su vida y su obra, sino que los que tienen alguna injerencia o poder de orden político o económico no dejen morir el Concierto del Mes y menos dejen acabar el Instituto Experimental del Atlántico, abandonándolos a su suerte o empañando la transparencia de su devenir.

Artículos

“Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca”

*Latinoamericanos en Suecia, Estocolmo,
16 de septiembre de 2006*

Ningún hombre es en sí equiparable a una isla; todo hombre es un pedazo de continente, de tierra firme. Si el mar se llevase lejos un terrón, Europa perdería, como si fuera solo un promontorio y ya no sería Europa entera; es como si tú perdieses la casa solariega de tus amigos o la tuya propia. La muerte de cada hombre me disminuye porque soy parte de la humanidad. Por eso, no quieras saber nunca por quién doblan las campanas: están doblando por ti.

Este poema del siglo XVI, escrito por el poeta metafísico inglés John Donne, atravesó misteriosa y silenciosamente los siglos hasta ser escogido por el inmortal Ernest Hemingway como epígrafe y título de su famosa novela *¿Por quién doblan las campanas?*, terrible acto de contar la cruel historia fratricida de la Guerra Civil Española de 1936 a 1939, donde todavía los ríos de sangre no han secado y preguntan por los ojos secos de los miles de hermanos enfrentados y muertos en esa guerra, insana como todas las guerras. Guerra fratricida, como la que también va perpetuándose por más de medio siglo en nuestra patria.

El desajuste
Cuentos, reportajes y artículos

El hombre no fue hecho para la desgracia, sino diseñado por el soplo divino, primigenio y eterno, para la felicidad. El que nos empeñemos, a nivel de especie o a título individual, en destruirnos no tiene más respuesta que la enfermedad que por toda la historia humana nos ha aquejado: la soledad de individuos que somos parte de ese continente de carne, sueños y nervios, y la sumatoria de nuestros miedos que solo sabemos expresar en agresiones, para ahondar más nuestra propia soledad. De allí, que el amor erótico, apenas un paliativo en la búsqueda del amor universal, totalizante e integral con la Divinidad y el Cosmos, se nos torna muchas veces inmanejable y nos lacera, no se sabe si desde bien afuera o desde muy adentro, como cuando Julio Cortázar escribe desgarradamente:

Amor mío, no te quiero por vos ni por mí ni por los dos juntos, no te quiero porque la sangre me llame a quererte, te quiero porque no sos *mía*, *porque estás del otro lado, ahí donde me invitás a saltar* y no puedo dar el salto, porque en lo más profundo de la posesión no estás en mí, no te alcanzo, no paso de tu cuerpo, de tu risa, hay horas en que me atormenta que me ames... me atormenta tu amor que no me sirve de puente porque un puente no se sostiene de un solo lado...

Es que nosotros solo demostramos que queremos un amor pasaporte, amor pasamontañas, amor llave, amor revólver, amor que nos dé los mil ojos de Argos, la ubicuidad, el silencio desde donde la música es posible, la raíz desde donde se podría empezar a tejer una lengua...

Además, reflexiona:

Dadora de infinito, yo no sé tomar, perdóname. Me estás alcanzando una manzana y yo he dejado los dientes en la mesa de luz... y resulta que te quiero. Total parcial: te quiero. Total general: te amo... Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese

elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio. Vos dirás que la eligen porque la aman, yo creo que es al vesre. A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige, como vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto...

En suma, la historia humana no hace más sino ilustrar el miedo paralizante a la imposibilidad de posesión del ser amado, pero devenido en reafirmación de la poesía dolorosa pero plena de esperanza del amor por fin cumplido algún día. Porque sin amor nada tiene sentido ni valor ninguno, como lo reafirma la Escritura:

Si yo hablase en lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece, No hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor. No se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará...

Y la fe que proviene de lo sagrado, que mana como una suave y silenciosa lluvia en nuestra alma, está también reafirmada en nosotros como un ineluctable destino de especie, como un ineludible código genético donde habrá siempre un plácido amanecer después de la desgarrante tormenta y, así, el mismo Cortázar que escribía con el doloroso escepticismo anterior ahora susurra:

Toco tu boca, con un dedo todo el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

boca se entreabiera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar, hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara, una boca elegida entre todas, con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano en tu cara, y que por un azar que no busco comprender coincide exactamente con tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano te dibuja. Me miras, de cerca me miras, cada vez más de cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más cerca y los ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran, respirando confundidos, las bocas se encuentran y luchan tibiamente, mordiéndose con los labios, apoyando apenas la lengua en los dientes, jugando en sus recintos, donde un aire pesado va y viene con un perfume viejo y un silencio. Entonces mis manos buscan hundirse en tu pelo, acariciar lentamente la profundidad de tu pelo mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura. Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella. Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura, y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua.

Dedico estas palabras a todos mis compañeros y compañeras del Sena Sucre, con los que día a día formamos, como grano de arena, una esperanza, un sueño de ser mejores como seres humanos y como nación. Y a Gloria María Arsanios, a quien, en nombre de todos, le deseamos un viaje sereno, enriquecedor y feliz, que se extienda hasta la poesía, la miel y las arenas de sus ancestros, parte de su corazón.

Elvia Chadid Jattin: La fertilidad de la imaginación

Café Berlín, Alemania, 6 de julio de 2011

Uno de los más grandes talentos creadores del arte y la literatura de Sucre ha sido, es y será por siempre Elvia Chadid de Feris. Su imaginación de prodigio y su ilimitado y deslumbrante despliegue de vida y energía la hacen, lejos, la más importante mujer de las letras y el arte en toda la historia de nuestra región. Además, nadie ha abarcado tantos campos del saber y de la creación, y los ha conjugado en una obra coherente y con un sello de autenticidad tan personal e inconfundible como lo ha hecho ella en su labor de escritora, poeta, declamadora, compositora y cantautora.

En literatura, por ejemplo, ha manejado géneros tan duros, profundos y disímiles como la poesía, la epístola, la sátira sociopolítica (obras en su mayoría publicadas), y mantiene una profusa y fértil correspondencia literaria con instituciones culturales de España, Cuba y otros países, donde es altamente apreciada en su ser y en su obra, una demostración más de la miopía e ignorancia de esta sociedad “vacuna y pastoril” y del desgreño de gobernantes y dirigentes, muchos de ellos iletrados e indiferentes a sus más caros valores culturales y espirituales.

El desajuste
Cuentos, reportajes y artículos

Elvia Chadid de Feris, asimismo, complementa su poesía con un sentido y estremecedor dominio de la declamación, temblor lírico que la hace deslizarse en su elemento natural hacia la música, cuya labor excelsa de compositora y cantautora nos ha legado —en colaboración con su hermano, el siempre extrañado Fortunato— nuestro Himno de Sucre, es decir, nuestra esencia de pueblo, sueños y esperanzas aunados en un vehículo sagrado de amor y arte. Y, como guarda una universalidad mítico-raizal en su genética semita que ha atravesado todas las tierras del mundo, conjuga los susurros fantásticos de la inmortal Scherezada de sueños de almenares, castillos y genios, con la sangre del toro criollo que brama entre los estertores del sol sabanero y la música de bandas que rasga el aire de tres de la tarde, como en su porro “tapao”, premiado por Colcultura, “Soy sabanero”.

Elvia Chadid de Feris ha publicado: *De lo profundo a lo alto* (poesía), *Hola, camarada* (epístolas), *Colombia herida* (poesía) y *Colombia, estás en la olla* (sátira política). Tiene aún inéditas las obras de narrativa y poesía: *Érase una vez más otra vez*, *De poeta es mi alma* y *Buscando en la nada*.

También —y ese es el motivo literario y humano de este homenaje sincero— ha producido una importante obra novelística. Sí, tal como lo oyen: novelística; un corpus de cuatro novelas que se adentra también, con propiedad, en la “novela de ciencia-ficción” o “sci-fi novel”, ya que una de las labores con la cual la acompaño, además de la revisión de sus prodigiosos textos, es la traducción de estas nuevas novelas a la lengua natural de la ciencia-ficción: la lengua inglesa. Tengo una fe inquebrantable, una especie de intuición superior o revelación iniciática, en que estas obras pueden llegar muy lejos a nivel mundial —como obras literarias o guiones cinematográficos— ya que cargan una mezcla inefable de pureza, casi ingenuidad, a la manera del Jardín del Edén, y una convicción del eterno enfrentamiento entre el bien y el mal, y el triunfo final del

corazón humano sobre este último, todas las acciones cumplidas en el escenario del universo cósmico, con lo cual la autora cumple, en la escritura de su obra, aquel refrán español: La imaginación hace cuerpo de lo que es visión.

Y, curiosamente, subyace en esta literatura un gran humor, a veces humor negro, que produce una deliciosa sensación de bienestar, de sorna, de fina ironía inteligente, a la manera de Emmanuel Kant al decirnos: La felicidad no es un ideal de la razón, sino de la imaginación. Componen esta tetralogía novelística las obras: *Círculo de fuego*, monumental saga (por supuesto, de varias generaciones de una familia) de más de cuatrocientas páginas; y las novelas de ciencia-ficción *El país de las múltiples maravillas*, *Secuestro intergaláctico* y *Cerco satánico*. En estas novelas los solos nombres —inventados todos por la autora— suman ¡más de doscientos! Otro motivo pantagruélico y asombroso de esta fiesta de la imaginación, que nos hace recordar la profunda reflexión de Albert Einstein: La imaginación es más importante que el conocimiento. Es posible. Pero, también, La imaginación es la trascendencia última del conocimiento humano hacia un porvenir superior, pienso yo.

El hogar de los Salgado Berrocal

Café Berlín, Alemania, 2011

Cuando Héctor Daniel Salgado Berrocal me invita a donde sus viejos y cruzamos medio Sincelejo para llegar al Edificio Zuccardi en Venecia, llevo ya el alma de fiesta. Porque ver a don Héctor y doña Carmen; recibir esa bendición que es su presencia; oír sus palabras cargadas de sabiduría, de ternura, de humor y de paz; experimentar el bálsamo de su aprecio y, fuera de eso, sentarse a su mesa, es gozar del privilegio de los dioses con su nirvana de manjares servidos en la tierra. Pero es que esto está escrito: Más vale plato de legumbres con amor que buey gordo asado con odio. Porque lo fundamental en esta familia es el amor, el estado de gracia que se cita en las grandes fuentes sagradas y que, al vivirlo, reza la Escritura, se tiene todo lo demás por añadidura. Y me refiero siempre y vivo en mi corazón a esta familia siempre. En mi corazón, en mi silencio. Porque ellos me han dado más con su ejemplo; con su silencioso, pero vivo afecto, que cualquier tratado de actitud positiva o de nueva era o de cienciaología, polémica religión sectaria, por cierto de moda. ¡Vaya superficialidad!

Don Héctor hoy en día goza de su pensión de toda una vida dedicado al Banco del Comercio y doña Carmen sigue en su labor de hormiga madre después de tantos años de crianza de Héctor Daniel, Iván y Carmen Ana, hoy en día profesionales de la Arquitectura, de la Medicina y de la Administración de Empresas, respectivamente.

El desajuste
Cuentos, reportajes y artículos

El orden, la planeación, la disciplina familiar y la austeridad podrían ser respuestas que arrojen luces sobre el secreto de ese éxito familiar, profesional y humano. Hay amor, y creo que de allí viene todo: desde ese amor de la pareja primigenia fluye el amor hacia sus hijos, con rigor y sentimiento, sin necesidad de tantos sermones ni de tantos golpes de pecho como son los menesteres de los pecatos, de los hipócritas y de los que, como dijera el inmenso poeta español Rafael Alberti, “están muertos y no lo saben”. Y pienso que bendito sea el día en que los seres humanos entendamos que al vivir el amor todo lo demás responde misteriosamente al orden de lo perfecto, ya que también está escrito que lo único perfecto alcanzable para la vida humana es el amor. Es decir, los seres humanos no seremos ni perfectos ni santos ni nada parecido nunca, pero podemos transitar el camino del amor y seguir una senda que se abre a cada paso, no antes, donde todo lo inminente que se ofrece a nuestro paso está impregnado de pureza, de paz y de susurros de ternura. Sé que no seremos perfectos jamás y esto gracias a Dios, pero estaremos transitando el camino del crecimiento espiritual como corresponde a quien busca con los iluminados ojos del espíritu.

Un día —bueno como todos mis días, gracias a Dios— que pensaba en ellos, reflexioné que quizá yo los amo tanto a ellos porque ellos me han querido siempre y bajo las circunstancias que sean. Me han querido a mí, a mí mismo. Me querían cuando bebía trago como un cosaco y también ahora que vivo la misericordia divina de la sobriedad del alma, del cuerpo y del espíritu. Me querían cuando he estado ausente y también cuando estoy con ellos. Me querían cuando he sufrido privaciones y también cuando he nadado en la prosperidad. Me querían al irme hasta extraña nación pues lo quiso

el destino y también cuando he regresado a verlos con la calidez de un alma que los extraña siempre. Es decir, de ellos he recibido siempre la alegría de una mesa de humeantes manjares y sonrisas de afecto fraterno que me han enriquecido más que cualquier terapia que me hubieran inventado los inútiles gurúes de esta modernidad superficial y pendeja. Ahora acabo de hablar con Héctor Daniel y, de seguro, transitaremos de nuevo la maravillosa senda de visitar a don Héctor y doña Carmen. Desde ya, siento la felicidad que es el reino de Dios en la tierra revelado sin palabras, Solo con el modesto y vivo ejemplo, como se debe vivir una bendición: sin mostrarse, sin hacer ruido, pero palpablemente.

José Prat y las coplas de Jorge Manrique

*A mis amados compañeros del Colegio
Americano de Bogotá, fraternos precursores de mis sueños*

Este domingo 1° de octubre, mientras miraba — desde la amplia ventana del Centro de Información de las Naciones Unidas en el décimo piso del World Trade Center— los fríos cerros bogotanos, el bullir de la multitud y los automóviles abajo en la calle 100, presencié, en el fondo de mi corazón, intactos su voz y su recuerdo, cuando declamó para mí por primera vez las “Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre, el infante don Rodrigo de Aragón”. Vi su rostro de papá Noel bondadoso con sus mejillas rosadas, sus zapatos negros, finos y lustrosos, su vestido impecable azul turquí con la camisa blanquísima cruzada por el ramalazo de su corbata de seda oscura, juguetona en el viento. Tengo vivo en mi ser el nudo que se me hizo en la garganta y el ahogo, la casi asfixia de muerte sublime, que sentí cuando, por primera vez, oí ese milagro de lucidez y belleza de las coplas de Manrique en su voz. Prat, José Prat García me declamaba: Recuerde el alma dormida, / aviue el seso e despierte / contemplando / cómo se passa la vida, / cómo se viene la muerte / tan callando; / cuán presto se va el plazer, / cómo, después de acordado, / da dolor; / cómo, a nuestro parescer, / qualquiere tiempo passado fue mejor...

Era nuestro profesor de Literatura en el Colegio Americano de Bogotá, adonde había llegado en un doloroso exilio navegando

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

el Atlántico inconmensurable y los estragos todavía sangrantes de la Guerra Civil Española. Había desembarcado en Barranquilla primero, donde lo habían resucitado con caldo de pescado y amor de caderas morenas. Y, después de haber vuelto a la vida, fortalecido por el afecto caribe, siguió hasta el frío páramo donde yo, huérfano, había llegado a estudiar por un inescrutable designio.

José Diosdado Prat García nació en Albacete el 10 de agosto 1900 y murió en Madrid el 17 de mayo de 1994. Estudió Derecho en la Universidad de Granada, donde se graduó en 1925. Impulsó en Burgos diversas actividades culturales y colaboró en la prensa de la ciudad castellana. En 1930 consiguió el puesto de letrado del Consejo de Estado. Ese mismo año ingresó en el PSOE, donde fue miembro fundador de lo Asociación de Abogados Socialistas y asesor jurídico de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra integrada en la UGT. Miembro del Consejo del Instituto de Reforma Agraria, en 1933 fue electo diputado por Albacete y formó parte de diversas comisiones parlamentarias. Su desacuerdo con la decisión socialista de impulsar un movimiento revolucionario en octubre de 1934 no le impidió defender activamente a compañeros juzgados en varios consejos de guerra. Esta muestra de solidaridad le permitió resultar nuevamente electo por Albacete en las elecciones de febrero de 1936 por el PSOE. Durante la Guerra Civil fue nombrado Director General de lo Contencioso en septiembre de 1936. Exiliado al final de la contienda, trabajó en la Secretaría del PSOE, encargada de los refugiados Más tarde, trasladó su residencia a Colombia, donde, de 1939 a 1976, impartió clases de Historia y Literatura en Bogotá. Fundó la Casa de España en Colombia y escribió como columnista en la gran prensa colombiana. Volvió del exilio en 1976. Fue senador por Madrid en 1979; 1982 y 1986, y presidente del Ateneo de Madrid.

José Prat me entregó para siempre mi verdadero rostro; me hizo saber lo más importante de mi vida: que la palabra era mi destino.

Por eso siempre recuerdo esa voz bondadosa y profunda, burlándose con el más grande afecto: *¡Pelmazo y harto ligero*, Hereyra en el mundo entero, famoso por tal lo creo!

O dibujando el gran misterio de la vida y la muerte: Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar, / qu'es el morir; / allí van los señoríos / derechos a se acabar / e consumir; / allí los ríos caudales, / allí los otros medianos / e más chicos, / allegados, son iguales / los que viven por sus manos / e los ricos.

O escrutando la penumbra de la eternidad y los siglos: *¿Qué se fizo el rey don Joan? / Los infantes d'Aragón / ¿qué se fizieron? / ¿Qué fue de tanto galán, / qué de tanta invinción / como truxeron? / ¿Fueron sino devaneos, / qué fueron sino verduras / de las eras, / las justas e los torneos, / paramentos, bordaduras / e çimeras?*

Música, misteriosa forma del tiempo

En el principio era el silencio. Y vio Dios que todo lo que Él había creado tenía Su alma, tenía Su aliento. Y entonces, para mover eternamente la vida según Su ritmo, creo la *Música*...

En algún texto sagrado oculto, de esos textos sacros aún no descifrados por el hombre, debió haberse escrito en estos términos la génesis de ese proceso indescifrable de la vida en el cual estamos inmersos, que no cesa y cuyo inicio se pierde en la oscura faz del tiempo primigenio. Porque nada representa el rostro y el ritmo de la Divinidad como la música. Porque música hay en la lluvia, en el susurro del follaje de los arbustos y los árboles empujados y acariciados por el viento, en el eterno oleaje sobre la huérfana tierra... Porque música hay en los cascos de las grandes manadas cuando hieren multitudinariamente las estepas, las praderas... Porque música hay en los rugidos de las fieras, en el estruendo hondísimo del trueno que nos sobrecoge y del fuego cuando crepita e ilumina nuestros miedos y nuestras alegrías frente a su calor y su luz en las largas noches de invierno... Porque música son las internas saetas acústicas de las aguas de los océanos que murmuran el amor de las criaturas que buscan perpetuarse sin saberlo y que copularán la naciente vida...

Desde niño, en esa cálida Arenosa que sigue siendo en su seno Barranquilla, cuando llegaban los diciembres, me quedaba sin respiración casi para oír mejor en las noches los lejanos tambores

que habían llegado del África atravesando los mares y que ahora se enredaban con las estrellas del despejado cielo decembrino barranquillero y las flautas de millo, y así tejían los acordes de las cumbiambas que ensayaban sus cantos ancestrales que reinarían en los Carnavales inminentes. Iba siguiendo los acordes y temblaba cuando oía ya cerca esa música que me repercutía al compás del corazón. Hasta que una noche sentí tan cerca la Cumbiamba que, con el corazón palpitando al galope, me vestí y salí sin ruido de la casa. En la esquina de abajo iba la multitud y una bocanada de brisa me pegó, con música y algarabías, en el alma. Llegué corriendo hasta frente a ellos y todavía sigo allí, junto a las caderas de las mujeres meciendo el Universo, las velas oscilando hipnóticamente desde sus manos y sus pies que eran como alas finísimas despejando de la Tierra sin renunciar a ella. Siempre me acompaña esa madrugada mágica en los momentos sublimes. O en los tristes, aciagos e ineluctables.

Por eso, mi alma siempre está iluminada por la música. Toda la música del mundo me acompaña, muchas veces sin que nadie vea que está allí. Porque la mayoría de las veces me acompaña por dentro. La voz de Felipe Pirela, Miltinho o Tito Rodríguez interpretando los boleros de Agustín Lara o de Rafael Hernández, marcando el recuerdo del primer amor. Las porros, cumbias y merengues de nuestra música raizal costeña, caribe, como el inmortal “Carmen de Bolívar” de Lucho Bermúdez o “Atlántico” en la interpretación de Pacho Galán, o el “Lamento Naúfrago” de nuestro Rafael Campo Miranda. El blues o el jazz. Las grandes canciones populares italianas como “O sole mio” o la gálica voz de la Piaff o el “Venecia sin ti” de Aznavour. Los nocturnos de Chopin o el oleaje indetenible de Bach. La música pop norteamericana, con Fifth Dimension o el rock clásico con los Beatles o los Stones, Johnny Nash, Jethro Tull... La salsa clásica de Pete Rodríguez, los Lebron Brothers, Ricardo Ray, Joey Pastrana, Willy Colón y Héctor Lavoe. Y ahora me embriago con las

voluptuosas caderas que acompañan el reggaetón de Daddy Yankee o Don Omar, y hasta con el grupo RBD, con los cuales he logrado seguir viviendo y entendiendo esa bendita, incomprendida y tumultuosa edad de la adolescencia. De allí que sienta siempre una revelación superior cuando los versos de “El otro poema de los dones” de Jorge Luis Borges me resuenan como un leve eco iluminado en el alma: Por la música, misteriosa forma del tiempo...

Libia Díaz Carrascal: voz, música y danza

Este reciente 30 de diciembre de 2005, Libia Díaz Carrascal, nuestra entrañable diva y admirable compañera del arte, ha recibido el máximo homenaje de afecto y de justicia a una vida entregada al canto, a la danza, a la coreografía y a la formación de las juventudes sucreñas. El doctor Darío Montoya Mejía, director general del SENA, desde aquella mañana de diciembre de 2003 en la que le entregué mi artículo sobre Libia acabado de publicar en El Meridiano de Sucre, había mostrado su profunda admiración por ella, por su trabajo, por lo que representa como símbolo cultural y humano de nuestra región, y había mostrado su profundo y genuino interés en que la entidad tan importante que dirige asegurara por partida doble la estabilidad laboral de Libia y su exclusividad académica para la institución. Por eso, este 30 de diciembre de 2005, Libia ha recibido el nombramiento de planta como Instructora de Artística del Sena-Regional Córdoba, aunque tenemos la ilusión que, posteriormente, nos sea reasignada para el Sena-Regional Sucre.

Pero no todo ha sido color de rosa para lograr este significativo homenaje a una vida como la de ella, una vida entregada al arte y a la formación de juventudes. Los primeros condotieros —universales y generosos, justos y lúcidos— que enarbolaron su justa y noble causa fueron Esteban Orozco y Zoraida Gutiérrez, quienes en ese diciembre de 2003 le otorgaron el título Honoris Causa en Música del Conservatorio de Sincelejo, esa parcela de belleza y futuro que ellos tan brillantemente dirigen. Pero, para efectos legales de nombramiento

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

nacional, el título otorgado no era suficiente. Y, entonces, empezó el vía crucis de tocar puertas a oídos sordos y arrogantes.

Pero, gracias a Dios la historia ha tenido un final feliz, ya que los méritos que no quisieron reconocerle los grandes intelectuales de aquí los reconoció —¡y con creces!— el Ministerio de Educación Nacional, quien la llevó con honores a Bogotá a recibir su Tarjeta Profesional del Arte, y “¡se acabó quien te quería!”: Libia Díaz Carrascal, Profesional del Arte en Colombia, con título nacional otorgado por la más alta instancia educativa posible, el Ministerio de Educación Nacional. ¡Hermosa la grandeza, generosidad y misericordia de Dios, frente a la pequeñez y mezquindad de los infieles!

Elías Eslait Russo, amigo del alma

El día 7 de abril de 2004, es decir, Miércoles Santo y Día de Barranquilla, uno de mis más entrañables amigos y uno de los más finos y lúcidos escritores que haya conocido, Elías Eslait Russo, falleció en nuestra Barranquilla querida cuando salía de la casa de familiares a comprar unos cigarrillos en la licorera de la esquina, en pleno matrimonio de uno de sus sobrinos.

Elías “el cienaguero” (de Ciénaga, Magdalena), Elías “el culosungo” (verdadero patronímico de los cienagueros raizales), como irreverentemente se autodenominaba en su ácido humor cuando percibía en su cercanía fisgoneadores y perversos, era, paradójicamente, uno de los seres más nobles y tolerantes que yo haya jamás conocido.

Herederero de esa luz mediterránea que se macera entre el zumo de las olivas y el tierno corazón de las almendras, Elías era un gastrónomo exquisito, con una devoción por la inquietante profundidad del álgebra de sus antepasados, “palacio de precisos cristales”, como dijera Borges en su “Otro poema de los dones”. De allí que su lúcida obra posee rasgos de verdad asombrosos en la medianía que caracteriza nuestra “mostrable” literatura.

Recuerdo (tengo vivo) en este instante el cuento deslumbrante, “Apología del diez”, que le acompañé a escribir y que me dedicó en un pantagruélico amanecer en la casa de José Manuel Elías en su Ciénaga amada, en aquellos irrepetibles años ochenta, cuando

El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos

yo dejaba el béisbol profesional, es decir, me quitaba el disfraz de traductor simultáneo de béisbol de Grandes Ligas de la Emisora Atlántico Espectacular, de Cadena Radial Olímpica, y de gerente del equipo Olímpica Baseball Club, también de los Char, y nos íbamos con mi joven familia a esa Ciénaga de donde viene mi sangre materna. Esa Ciénaga de jóvenes escritores que oficiaba alrededor del maestro Rafael Caneva Palomino, acompañado con ese príncipe, también ido ya, que era su hijo médico, graduado en la extinta URSS, Vladimiro Caneva. Y yo era absolutamente aceptado como miembro de la cofradía por ser un Collante, con sucursales familiares, además, en Aracataca, Santa Marta y Puebloviejo.

A Elías nada de lo humano le era ajeno. Y nada de lo divino, tampoco. Elías, en su humor corrosivo, se paseaba irreverente y respetado por entre todos nosotros, porque dejaba una estela contestataria (frente a la que no servía ningún blindaje), mezcla de nobleza, “chispa”, conocimiento y “mamadera de gallo”. Pero detrás de esa “frescura” se escondía un organizador de altísima eficiencia, un visionario que “parecía ver el otro lado de las cosas”, un hombre de un rigor extensible hasta los más mínimos detalles, un cultor de la más exigente disciplina. Fue, gracias a estas virtudes nada comunes, que Elías Eslait pudo rescatar para la posteridad la tradición máxima de la cultura cienaguera, patrimonio intangible antropológico —las Fiestas del Caimán—, y fundar la Casa de la Cultura de Ciénaga, capilla de peregrinación fraterna donde todos los eneros coincidimos —como el King Salmon o los patos canadienses— en nuestra migración afectivo-literaria, todos aquellos que en la vida hemos escrito algo porque hemos, en algún momento, tenido la verdadera necesidad de decir algo, como describiera el maestro Cepeda Samudio al verdadero escritor frente a esa nube de farsantes que pulula por los eventos literarios.

El 17 de enero de 2001 fue la última vez que lo vi. Yo había regresado una vez más, un año más, al encuentro de Ciénaga, pero finalmente me fui adonde Elías, a su casa, a untarme de ellos, a saludar a su mamá, a degustar su exquisita comida árabe, a beber como cosacos, a arrastrarnos de la risa, a hablar de los últimos acontecimientos socio-sico-sexuales de su parroquia entrañable, a declamar poesía como nos gustaba —con todos los hierros—, a leer textos, carajo, y a relatar lo que había sido de nuestras vidas en todos esos años, sin arrepentirnos de nada, echando pa'lante, sin plañideras ni mea culpae ni golpecitos en el pecho. Leímos el cuento que nos hermanaba aún más, y me dedicó la antología de Martiniano Acosta y Clinton Ramírez —donde “Apología del diez” está incluido— con estas palabras: “Para Jose, quien conoce el mundo de donde sale este poco de humanidad. Con afecto, Elías Eslait R. / Ciénaga, enero 17 de 2001”. Así, con esa permanente modestia, con esa humildad, con esa sencillez.

Me imagino que ya habrán echado el discursito de que hay que tener consuelo ante la muerte, de que nadie conoce los inescrutables caminos de Dios, de que pronto nos tocará también a nosotros y de que nadie se escapa de ese designio inexorable. Qué bueno echar el discursito. Pero qué triste que uno tenga que perder un amigo, a un ser querido, y, lo más terrible, que uno no puede volver a ver a esa persona nunca más. Ni oír su risa ni su voz más nunca. Qué triste que toda una geografía se le quede sin sentido a uno porque ya no está allí el amigo que se iba a alegrar con nuestra presencia.

“Lágrimas negras”, de Bebo y Cigala

Con Nuri Assa y Luis Fernando Patín nos reunimos después de muchísimos años en Barranquilla, en este enero de vientos irrefrenables y cielo azulísimo. Nuri le trajo a Luis Fernando, desde Washington D.C., *“Lágrimas negras”*, el impresionante trabajo musical de Bebo & Cigala: voz ronca de flamenco acariciada y llevada en las alas de un piano sublime. *“Lágrimas negras”* es el título de una canción compuesta en los años 30 por el cubano Miguel Matamoros (1894-1971) y permanece en la memoria: *“Aunque tú me has dejado en el abandono / aunque tú has muerto todas mis ilusiones...”*. El trabajo lo firman el legendario pianista cubano Bebo Valdés y el cantaor Diego *“El Cigala”*. Una joya que tiene detrás una apasionante historia.

El álbum *“Lágrimas negras”* es un proyecto de Calle 54 Records, con Fernando Trueba al frente, lo que significa que es una historia de sentimientos apasionados. El de Fernando Trueba hacia la música latina es de dominio público desde que dirigió el filme Calle 54, reflejo de una pasión vital. El flechazo de Diego *“El Cigala”* con Bebo Valdés y la canción *“Lágrimas negras”* lo cuenta el cineasta en su particular *“diario de sesiones”* de la grabación, enriquecido y documentado por el texto escrito por Ángel González: Es una extraordinaria amalgama en la que la canción antillana suena a cante, y al revés, dice el poeta ovetense. Estos apasionamientos encadenaron otros y el resultado es el disco de un pianista cubano de 84 años y un cantaor español 50 años más joven. El álbum contiene

nueve canciones que son clásicos, con la participación de músicos de primerísima fila. El contrabajista Javier Colina y el percusionista Piraña dejan su sello en casi todas las canciones. Pero en “Lágrimas negras”, canción que da título al disco, aparece el saxo de Paquito D’Rivera y la percusión de lujo de Tata Güines, Changuito y Pancho Terry. También hay boleros como “Inolvidable”, “Se me olvidó que te olvidé” o el “Corazón loco”, popularizado en su día por Antonio Machín y hoy recreado con Niño Josele en la guitarra flamenca. El brasileño Caetano Veloso recita “Coração vagabundo” en “Eu sei que vou te amar”, de Vinicius de Moraes y Antonio Carlos Jobim. Dentro del repertorio latinoamericano, se incorpora una copla como “La bien pagá”, con coros cubanos (Milton Cardona, Puntilla y Pedrito Ramírez), y también hay homenajes a Bola de Nieve (“Vete de mí”) y recuerdos a Argentina (“Niebla del riachuelo”) con el violín del uruguayo Federico Britos. Y siempre el piano de Bebo y la voz de Diego. Dos grandes.

Bebo Valdés es una figura capital de la música latina. Nació en Quivicán (Cuba) en 1918 y su carrera comenzó como pianista en la orquesta de Julio Cueva antes de pasar a Tropicana, bajo la dirección de Armando Romeo, y llegó a ser director musical de este célebre cabaret. En 1952, el productor Norman Granz le encargó la grabación de la primera descarga de jazz cubano para satisfacer el interés que esta música despertaba en Nueva York. Por la orquesta de Bebo Valdés pasó un cantante llamado Benny Moré. Creó un nuevo ritmo, la batanga, reacción cubana al mambo. Fue director musical de Lucho Gatica... En 1960, Bebo Valdés abandonó Cuba y desde 1963 vive en Estocolmo (Suecia). Durante 15 años trabajó como pianista en una cadena de hoteles hasta que, en 1994, y después de 34 años sin grabar, Paquito D’Rivera le propuso un nuevo disco. “Bebo Rides Again” fue su reaparición. En este álbum, un Bebo de 76 años tocó el piano, compuso ocho canciones y arregló 11 temas en 36 horas.

Casi nada. En 2001 participó en el filme *Calle 54*, de Fernando Trueba, interpretando “Lágrimas negras” con Cachao al contrabajo. En las mismas fechas, grabó en un día el disco “El arte del sabor”, con Cachao (83 años ambos) y Patato Valdés. Ahora toca con Diego el Cigala. El tío de Diego Jiménez Salazar, artísticamente Diego “El Cigala”, (1968, Madrid) era Rafael Farina. De niño cantaba Diego por el Rastro madrileño y ganaba concursos de flamenco. A los 20 años, Camarón le rebautizó Dieguito y después trabajó con todos: el mismo Camarón, Tomatito, Gerardo Núñez y los mejores bailaores y bailaoras. Hoy, Diego “El Cigala” es uno de los artistas más importantes del flamenco y su disco, con la guitarra de Niño Josele a su vera, le ha situado en un lugar de privilegio, como el cantaor más abierto de la actualidad.

Albert Camus: “No soy existencialista”

Con respecto a las vidas paralelas y divergentes de Camus y de Sastre, Roger Grenier, autor de *Albert Camus, una biografía intelectual* (Gallimard, 1991), escribió con un profundo énfasis en dos aspectos esenciales de la vida y la obra de Camus: su amor por la libertad y su defensa de la tolerancia, concebida como el único clima que propicia el diálogo humano. Resalta la imprevista negativa de Camus, respuesta jamás esperada —“No, yo no soy existencialista” — y declarada por Camus en 1945, en una entrevista concedida a Jeannine Delpech. “Sartre y yo nos sorprendemos de ver siempre nuestros nombres asociados. Incluso pensamos publicar un pequeño desplegado en donde los abajo firmantes declararan no tener nada en común y se negaran a aclarar las dudas que pudieran suscitar respectivamente. [...] Sartre sí es existencialista, y el único libro de ideas que yo he publicado, *El mito de Sísifo*, estaba dirigido contra los filósofos llamados existencialistas.” Esto no le impidió a nadie, en esa época, englobar a Camus en el lote de nuevas celebridades, junto con Sartre, De Beauvoir, Boris Vian y los habituales del café De Flore.

Resulta siniestramente gracioso releer lo que escribía en aquel momento el estalinista Jean Kanapa, en “El existencialismo no es un humanismo”: “Es cierto que el Sr. Camus ha clamado no ser existencialista. No resta más que su *Mito de Sísifo* tome perfectamente el lugar al lado de Pyrrhus y Cinéas de la señora De Beauvoir, aunque sea más bien literario que filosófico.” Y si Raymond Aron precedió a Camus como editorialista en *Combat*, fue como consecuencia directa

del existencialismo de Camus. “¿Quién no puede darse cuenta de que El mito de Sísifo se traduce políticamente por el neofascismo de Raymond Aron?” Jean Kanapa hace igualmente una extraña amalgama entre Camus y el existencialismo cristiano de Gabriel Marcel: “¿Qué cercano se encuentra G. Marcel de Camus! ¿Cómo se parecen todos los existencialistas! ¿Que armonía en la maniobra! Puesto que se trata de una maniobra, ya que el existencialismo de Marcel y el de Camus llevan directamente a la posición política que no osa decir su nombre: la reacción.”

Más seriamente, Sartre ha explicado que Camus no es un existencialista y que sus verdaderos maestros son los moralistas franceses del siglo XVII. Y explica que la palabra absurdo no tiene el mismo significado para Camus que para él: “El absurdo nace para él de la relación entre el hombre y el mundo, de las exigencias razonables del hombre y de la irracionalidad del mundo”, mientras “lo que yo llamo absurdo es una cosa muy diferente: es la contingencia universal del ser, que es, pero que no es el fundamento de su ser; es lo que hay en el ser de dado, de injustificable, de siempre elemental.” Para el existencialismo el hombre no es su propio fin, ya que no existe más que proyectándose fuera de sí mismo, a lo que llamamos la trascendencia. En cambio, para Camus el hombre es su propio fin. De esta manera precisa su posición respecto al existencialismo, o más bien respecto a los existencialistas: “El existencialismo tiene dos formas: la de Kierkegaard y Jaspers, con la que se desemboca en la divinidad a través de la crítica de la razón; con la otra, representada por Husserl, Heidegger y muy pronto Sartre, y que yo llamaría el existencialismo ateo, se termina de igual forma en una divinización, que es simplemente aquella de la Historia, considerada como el único absoluto. Ya no creemos más en Dios, pero sí en la Historia. Por mi parte, comprendo muy bien el interés de la solución religiosa, y percibo muy particularmente la importancia de la Historia. Pero no creo ni en

la una ni en la otra, en sentido absoluto. Me interrogo y me enojaría mucho que me forzaran a escoger de una manera radical entre San Agustín y Hegel. Tengo la impresión de que debe haber una verdad tolerable entre los dos". Camus subraya, de manera humorística, lo difícil que resulta dar a cada uno la etiqueta que le conviene, y constata lo que hay en común entre Sartre y él: que ninguno de los dos cree en Dios y, de entrada, no creen en el racionalismo absoluto. (Basado en la traducción de Alejandra de Moya, 2000).

Lewis Carroll (1832-1898)

Toda mi vida he sentido fascinación por Lewis Carroll y su obra “Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas”. Investigando y releendo en esta Semana Santa de 2006, encontré en la Internet esta semblanza biográfica de Carroll en www.guiascostarica.com, que comparto con mis lectores.

Charles Lutwidge Dodgson era el nombre verdadero del autor de las “Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas” (“Alice’s Adventures in Wonderland”), y de “A través del Espejo” (“Through the Looking Glass”). Nacido en Daresbury, Inglaterra, era el mayor de 11 hijos: cuatro varones y siete niñas. A los 18 años, ingresó en la Universidad de Oxford, en la que permaneció durante cerca de 50 años, y en la que obtuvo el grado de bachiller y se recibió de preceptor. Fue ordenado diácono de la Iglesia Anglicana y enseñó Matemáticas a tres generaciones de jóvenes estudiantes de Oxford, y lo que es más importante, escribió dos de las más deliciosas narraciones que se han producido en el campo de la literatura.

Poco es lo que hay que decir, aparte de estos hechos, acerca de la vida del Reverendo Dodgson. Vivió 66 años tan tranquilamente como puede hacerlo cualquier otro hombre, y el trabajo y ocupación de su vida, así como su diversión favorita, fueron las Matemáticas. Padeció, de insomnios durante toda su existencia, y pasaba noches enteras despierto, con los arduos problemas matemáticos dando vueltas en su cabeza, y tratando de descifrarlos. Escribió diversos libros sobre la materia y el más interesante de ellos se titula: “Euclides y sus modernos rivales”.

Sus cuentos vieron la luz con el seudónimo Lewis Carroll. Quizá la razón de esto fuera su extraordinaria timidez ante las gentes, es decir, ante los adultos. Tenía pocos amigos en la plenitud de su desarrollo y crecimiento, y como era tímido, se retrajo de los adultos y creó sus amistades entre los niños, especialmente entre las niñas pequeñas; los comprendía perfectamente y era su natural y delicioso compañero. Fácilmente tomaba parte en sus juegos; inventaba siempre algunos nuevos y les contaba cuentos e historias.

La Alicia real y verdadera era la hija de su amigo el diácono Liddell, la cual, mucho más tarde, relató cómo esos cuentos caprichosos que aún deleitan a los lectores de todas las edades y de todos los países les fueron referidos a ella y a sus dos hermanas: "Muchos de los cuentos del Sr. Dodgson nos fueron contados en nuestras excursiones por el río, cerca de Oxford. Me parece que el principio de "Alicia" nos fue relatado en una tarde de verano en la que el sol era tan ardiente, que habíamos desembarcado en unas praderas situadas corriente abajo del río y habíamos abandonado el bote para refugiarnos a la sombra de un almiar recientemente formado. Allí, las tres repetimos nuestra vieja solicitud: "cuéntenos una historia", y así comenzó su relato, siempre delicioso. Algunas veces para mortificarnos o porque realmente estaba cansado, el Sr. Dodgson se detenía repentinamente diciéndonos: "esto es todo, hasta la próxima vez; ¡ah, pero ésta es la próxima vez!", exclamábamos las tres al mismo tiempo, y después de varias tentativas para persuadirlo, la narración se reanudaba nuevamente". Alice se publicó en 1864, y "A través del espejo", en 1871. Ambas fueron ilustradas por el famoso dibujante inglés John Tenniel. Estos libros han sido posteriormente ilustrados por otros muchos artistas, pero los magníficos dibujos de Tenniel continúan siendo los favoritos. Otras publicaciones de Lewis Carroll son: "The Hunting of the Snack" (1876) y el cuento poco leído "Sylvie and Bruno", 1889 y 1893.

José Lezama Lima (1910-1976)

José Lezama Lima fue poeta, narrador y ensayista y es uno de los escritores más importantes de la literatura latinoamericana del siglo XX. Nació en La Habana, en 1910. Licenciado en Derecho, participó activamente en la refriega estudiantil de 1930 contra el dictador Gerardo Machado. Trabajó en un bufete de abogados y posteriormente fue funcionario. Dirigió numerosas Revistas entre 1944 y 1956. Tras el triunfo de la Revolución Cubana, desempeñó diversos cargos relacionados con el mundo de la edición, aunque terminaría aislándose y dedicado por entero a su obra literaria a partir de 1961 y hasta su muerte. Su primer libro de poemas fue *Muerte de Narciso* (1937), que supuso un punto y aparte en la literatura cubana y en el que rompe radicalmente con la tradición literaria para regresar al mundo de la mitología y la i "Enemigo rumor" (1941), "Aventuras sigilosas" (1945), "Dador" (1960) y "Fragmentos a su imán", publicado póstumamente en 1977. A los conocimientos enciclopédicos de cualquier tema sobre el que disertara había que añadir una prosa deslumbrante, barroca, hermética para muchos, donde metáfora, análisis científico y rigor eran herramientas de la misma importancia. Sus primeras conferencias se publican bajo el título de "Analecta del reloj" en 1953. En 1957 aparece el volumen de ensayos "La expresión americana", inspirado en un viaje a México del escritor en 1947, uno de los dos únicos viajes que realizó el autor siendo adulto. Impresionado por el país centroamericano, Lezama ofrece al lector un análisis de la realidad del continente hispanoamericano

El desajuste
Cuentos, reportajes y artículos

radicalmente nueva. "Tratados en La Habana" (1958), "La cantidad hechizada" (1970), "Las eras Imaginarias" (1971) e "Introducción a los vasos órficos" (1971) completan su obra ensayística y en ellos se presenta la concepción del sistema poético del universo que fue la verdadera gran creación del poeta cubano.

En 1966 publica la novela "Paradiso" como homenaje a su madre, Rosa Lima. El protagonista de la novela, José Cemí, asmático y poeta, es el alter ego del escritor. La propia biografía y la de su familia son desentrañadas e iluminadas mediante la poesía. Lezama Lima, como el protagonista de su novela, fue un hombre de pensamiento más que de acción, un niño marcado por el sobrepeso y por el asma, por una sensibilidad más allá de lo normal y por una figura materna que desde la infancia despertó en él la fascinación por lo mitológico y por el pasado. En 1961, con la desbandada familiar por cuestiones políticas y la pérdida de muchos amigos que se ven obligados a abandonar Cuba por sus conflictos con Fidel Castro, da comienzo la etapa más dura en la vida del escritor. Solo con su madre, se entrega febrilmente a la creación y mantiene un abundante intercambio epistolar con amigos y familiares perdidos en la distancia. El patetismo y la desolación están latentes en cada una de sus cartas. Ya entonces se obsesiona por la muerte de la madre, tres años antes de que ocurra. Tras el fallecimiento de su madre en 1964, el escritor cayó en una profunda depresión y se encerró en la casa familiar en la calle Trocadero de la Habana para dedicarse a la conclusión de su obra. Rosa María Lima era también el puente que unía al escritor con la realidad. Solo tras la muerte de la madre, unos meses después, el escritor piensa en el matrimonio; en diciembre de 1964 se casa con su "mejor amiga y compañera" María Luisa Bautista, su nuevo puente con la huidiza realidad. En 1970 José Lezama Lima consigue retirarse de su cargo de funcionario y se atrinchera en su hogar junto a su

José Luis Hereyra

esposa. El 8 de agosto de 1976 ingresa en el hospital sin gravedad aparente y fallece de pulmonía la madrugada siguiente.



El desagüe
Cuentos, reportajes y artículos
Mayo de 2020
Sincelejo, Sucre, Colombia

El desagüe

Cuentos, reportajes y artículos

José Luis Hereyra Collante

El lector debe saber que este es un libro que su autor nos debía desde hace tiempo. Luego de años de reconocimiento poético indiscutido en el contexto del Caribe colombiano, respaldado por la publicación de ocho libros de poesía que han sabido dejar la huella histórica de una voz distintiva, José Luis Hereyra no se había permitido compartirnos, sino de manera fragmentaria y esporádica, la realidad de su dimensión de prosista, y por eso pudiera parecer ahora que la publicación de este libro es una simple treta de la nostalgia, la pretensión de una memoria en alguien que ha tenido ya un largo e intenso trato con la vida y la escritura, y quiere dejar recogido para la posteridad aquello que ha sido también parte de una vida para la creatividad y las ideas de nuestra vida cultural en el Caribe. Lo que, desde luego podría ser, y lo es, en efecto, un gesto absoluta y positivamente válido.

Miguel Iriarte

Bendito sea Dios, que no echó de Sí mi oración

Ni de mí, Su misericordia.

Salmo 66:20



Otras publicaciones

Glitza y otros cuentos escogidos

Antonio Mora Vélez

Semana Santa de mi boca

Miguel Iriarte

Maroa

Otto Ricardo-Torres

La danza entre los árboles

Angélica María Sierra Franco

HAF

David Herrera Serna

Volvió a cantar el viento

Guillermo Vergara

Parábola del vacío

Jesús David Buelvas

Correspondencias

Henry Ortiz Zabala

Hipertextos

Salomón Verhelst Montenegro



José Luis Hereyra

Escritor, poeta, periodista, lingüista, corrector, traductor, docente y asesor/consultor internacional de Bilingüismo, nacido en Barranquilla, Colombia. Traductor internacional simultáneo, técnico, científico, deportivo y literario. Traductor simultáneo y escrito de El Heraldo y Cadena Radial Olímpica en el Béisbol de Grandes Ligas de los Estados Unidos, por muchos años. Supervisor Traductor Mayor de la Morrison-Knudsen Int. Co. en el Proyecto El Cerrejón. Traductor de Colcaribe, Terrex Co., Brown & Root y Electricadora de Sucre. Traductor oficial internacional de Campeonatos Mundiales de Boxeo FIB, AMB, CMB, con El Pintoso Box de Colombia y los EE.UU. Profesor de Inglés, Español y Literatura por 48 años. Bachiller del Colegio Americano de Bogotá.

Estudió Filología e Idiomas en la Universidad del Atlántico e Inglés y Francés Avanzados en el prestigioso Instituto de Lenguas Modernas-ILM de Barranquilla. Es, además, Licenciado en Español y Literatura de la Corporación Universitaria del Caribe-CECAR, con un promedio final de 4.94 sobre 5.00. Asimismo, Bachelor of Arts in Spanish and Literature en los EE.UU., con un GPA de 3.83 sobre 4.00. Periodista de El Espectador de Bogotá en 1978.